

SERVICIO SECRETO

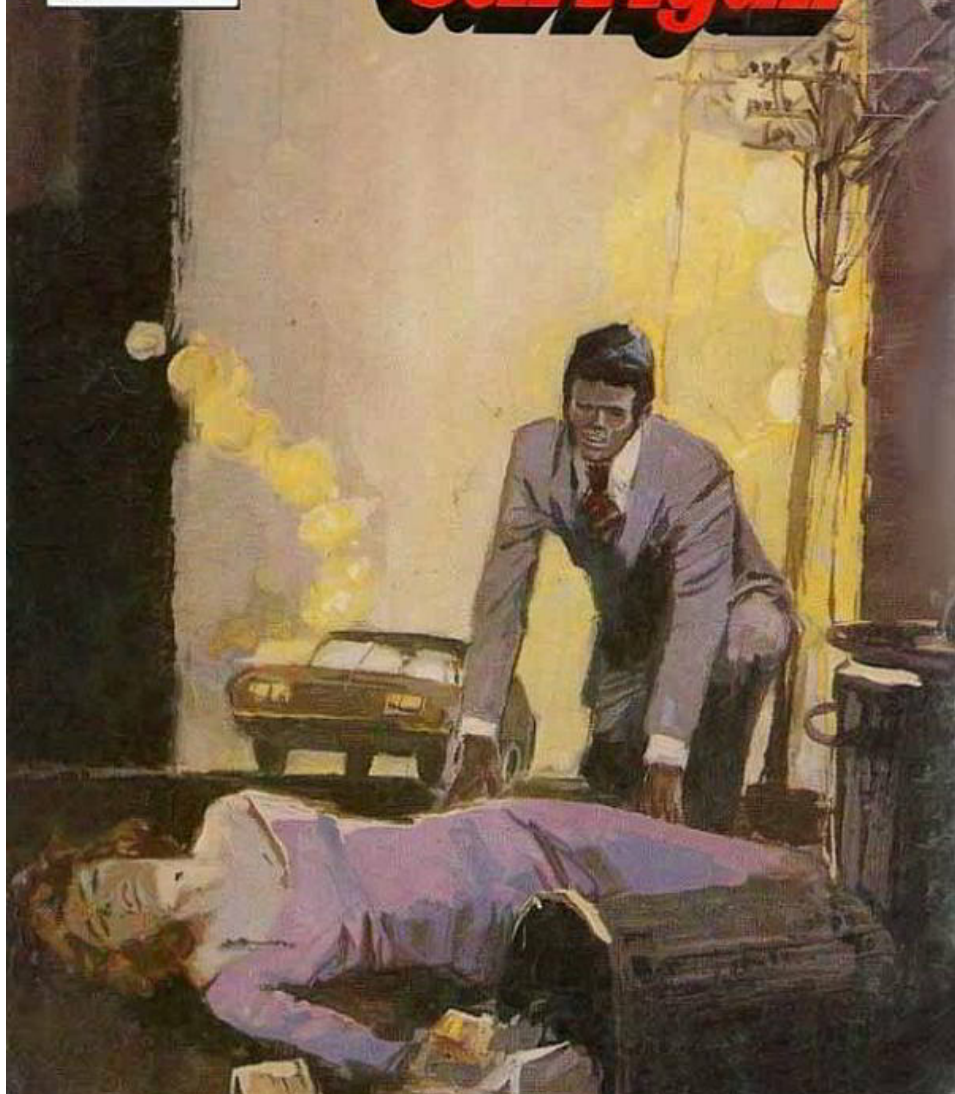
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIAO

**EL ODIO
NO MUERE**

**Lou
Carrigan**



En realidad Levi Linder sólo tenía una «anormalidad»: era espía.

Por lo demás, normal y corriente. Tenía poco más de treinta años, era moreno, llevaba el cabello bien recortado, tenía los ojos oscuros, rostro atractivo aunque de expresión un tanto dura, media casi metro ochenta, y era un hombre más que fuerte flexible y elástico. Un tranquilo, silencioso y taimado gato que se dedicaba al espionaje.

De esto hacía tanto tiempo que era poco probable que algo pudiera sorprender a Levi Linder. Un hombre que pertenece nada más y nada menos que al Mossad israelita y que está catalogado dentro de éste como de primerísima categoría no es fácil de sorprender.

Sin embargo, aquel día, Levi Linder se iba a sorprender, y no una sola vez, sino dos. Y no sólo un poco, sino muchísimo.



Lou Carrigan

El odio no muere

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1695

ePub r1.0

Lds 26.02.19

Título original: *El odio no muere*

Lou Carrigan, 1983

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

En realidad Levi Linder sólo tenía una «anormalidad»: era espía.

Por lo demás, normal y corriente. Tenía poco más de treinta años, era moreno, llevaba el cabello bien recortado, tenía los ojos oscuros, rostro atractivo aunque de expresión un tanto dura, media casi metro ochenta, y era un hombre más que fuerte flexible y elástico. Un tranquilo, silencioso y taimado gato que se dedicaba al espionaje.

De esto hacía tanto tiempo que era poco probable que algo pudiera sorprender a Levi Linder. Un hombre que pertenece nada más y nada menos que al Mossad israelita y que está catalogado dentro de éste como de primerísima categoría no es fácil de sorprender.

Sin embargo, aquel día, Levi Linder se iba a sorprender, y no una sola vez, sino dos. Y no sólo un poco, sino muchísimo.

A decir verdad, la primera sorpresa llegó al pasmo. Esto sí que era en verdad insólito: Levi Linder pasmado. Tan pasmado que durante unos segundos, se quedó como petrificado al sol, tendido en aquella playita cerca de Beirut, donde ciertamente, pese a todas las apariencias, no estaba de vacaciones.

No podía ser cierto lo que acababa de oír por la radio.

Era increíble. Vamos, imposible.

Cuando, transcurridos unos segundos, Levi se recobró del pasmo, giró un poco sobre la toalla extendida en la arena, y miró a la morena y escultural muchacha que, en bikini, tomaba el sol junto a él, sobre otra toalla. Ella le estaba ya mirando a él, y en su lindo rostro había también una expresión de grandioso pasmo.

—¿Has oído eso? —preguntó Levi, en francés.

—Lo he oído... —dijo ella—, pero debo haber oído mal.

—¿Qué has oído?

—Que un comando compuesto al parecer por unos cuarenta hombres han tomado por asalto el edificio de la Interpol en París.

—Entonces los dos hemos oído mal —dijo Levi Linder—. ¿Tú eres tonta, o tienes alguna deficiencia auditiva?

—¡No! —rió la muchacha—. ¡Ninguna de las dos cosas!

—Entonces, tal vez hayamos oído bien.

—Lo que significaría que, en efecto, un comando de cuarenta hombres han tomado por asalto ese edificio en la parte alta de Saint-Cloud, en París, donde la OIPC, es decir, la Organización Internacional de la Policía Criminal, léase Interpol, tiene su sede.

—¿Conoces ese edificio?

—No.

—¡Cómo! —exclamó Levi—. ¿Eres de París y no conoces ese edificio?

—No soy de París —rió ella—. Soy de Beirut.

—Pues yo creía que eras de París.

—No. ¿Conoces tú ese edificio?

—Yo sí. Tiene siete plantas, y trabajan en él más de doscientos empleados, de los cuales más de cincuenta son policías procedentes de treinta y tres países, que obviamente están allí como enlaces directos. Creo que son unos sesenta hombres, y cabe suponer que están más o menos armados. Aparte de esto, en la sede de la Interpol existen determinados sistemas de seguridad capaces de desanimar a cualquiera.

Sin embargo, si no hemos oído mal, un comando de cuarenta hombres se ha apoderado del edificio.

—Ya hemos quedado en que no hemos oído mal —rió de nuevo la muchacha.

—Increíble.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué nos importa eso a nosotros dos?

—¿A ti no te importa?

—No, en absoluto.

Levi Linder reflexionó unos segundos, y por fin encogió los hombros.

—A lo mejor tienes razón —admitió—. Sigamos tomando el sol. ¿O prefieres que vayamos al *bungalow* a almorzar?

—Me parece que es un poco pronto para eso.

Levi miró la altura del sol, asintió, y se tendió de nuevo relajado en la toalla. Era un hermoso día de verano, y los peligros del conflicto que estaba asolando Líbano no parecían inquietarle ni mucho ni poco. Al parecer se quedó dormido. La muchacha le estuvo mirando fijamente unos segundos, y luego se sentó felinamente sobre la toalla. Era joven y muy bonita. Quizá un poco demasiado delgada, excesivamente esbelta, pero de todos modos sus formas resultaban convincentes.

Se quedó mirando hacia Beirut, fumando un cigarrillo turco. El mar tan azul parecía pintado. Volvió a mirar a Levi, cuya espalda de finos músculos sugería una elasticidad poco corriente. Una de las manos del israelita se apoyaba directamente sobre la arena, fuera de la toalla. Una mano grande, nervuda y delgada. Una bella mano de hierro. Vestido, Levi Linder no llamaba la atención ni poco ni mucho, pero desnudo no podía ocultar su condición atlética. Aunque no era un hombre de redondeces carnales, sino de aristas musculares.

La muchacha terminó el cigarrillo, y se tendió de nuevo, cerrando los ojos. La verdad era que se estaba estupendamente al sol. Era como un dulce y por supuesto cálido paréntesis en la agitada vida.

Al cabo de quince minutos oyó la voz de Levi Linder:

—Pues yo tengo hambre.

Ella abrió los ojos, le miró, y sonrió tiernamente.

—De acuerdo —dijo.

Se pusieron ambos en pie, recogieron sus toallas y se encaminaron hacia el *bungalow* que Levi Linder había alquilado hacía una semana, tomados de la mano. Bella pareja. Levi estaba bronceado incluso quizá en exceso, pero el tono de la piel de ella todavía era más oscuro.

Cuando entraron en el *bungalow* Levi cerró cuidadosamente la puerta, abrazó a la muchacha, y dijo, sonriendo:

—Hace dos días que nos conocemos... ¿No te parece que ha llegado el momento de que echemos un par de polvos?

—¿A qué viene tanta prisa de pronto? —se sorprendió ella—. Me pareció que no eras de éstos.

—¿De cuáles? —Alzó las cejas Levi.

—De esos que en seguida quieren llevarse a la cama a una

mujer.

—No soy de éstos, cariño, pero dos días no es en seguida, digo yo.

—Está bien, de acuerdo, pero acabas de decir que tienes hambre. ¿No vamos a almorzar?

—No dispongo de tiempo. Debo trasladarme cuanto antes a Atenas. Lo he estado pensando, y bien está cuando no hay otra cosa importante que hacer, pero si hay algo importante se termina con lo no importante y se larga uno en busca de lo importante. No sé si me he explicado.

—Me parece que sí. ¿Has querido decir que yo no soy importante?

—No, no lo eres —sonrió Levi—. Pero ya que te he dedicado un tiempo merezco una compensación, ¿no te parece?

—Me parece que no me gusta mucho lo que estás diciendo, Raoul.

—Vamos, no te hagas más la tonta. No me llamo Raoul, sino Levi Linder, y soy un agente del Mossad. Aunque quizá no hayas sospechado eso. Quizá. De todos modos, terminó el juego, así que dime los nombres de los dos asesinos que estoy buscando, echemos un polvo, y despedámonos como buenos amigos. Sólo tengo orden de matarlos a ellos, no a ti. Sé juiciosa.

La supermorena muchacha estaba ahora pálida. No era tonta, ni mucho menos, pero tampoco había previsto aquella rápida reacción de Levi Linder. Ella creía que el juego iba a durar un poco más. Lo suficiente para sonsacarle cómo había conseguido Levi su pista y qué más sabían los jefes del Mossad que le habían enviado. Naturalmente, tuvo que comprender que las posibilidades actuales de sonsacar a un sujeto como Levi simplemente se habían evaporado, pero sonrió como pudo y dijo:

—De modo que así están las cosas.

—Así están: un par de polvos y tu vida a cambio de los nombres de esos dos asesinos. Luego nos diremos adiós, y será mejor para ti que no vuelvas a cruzarte en mi camino. ¿Trato hecho?

—¿Qué quieres primero? ¿Los nombres o lo otro?

—Lo otro. Luego, mientras nos despedimos, me dirás esos nombres y cómo encontrar a los sujetos. ¿Te parece bien?

—Oh, sí. ¿Te importa que antes me duche?

—Nos ducharemos juntos —sonrió Levi.

Le dio una palmadita en una nalga, y la empujó amistosamente hacia el cuarto de baño, donde entraron ambos, ella en primer lugar. Se quitó la prenda superior del bikini, y miró maliciosamente a Levi.

—¿Te gustan? —susurró.

—Son pequeñitos, pero convincentes.

Le acarició los pechos. Ella rió dulcemente. Levi miró su boca grande, llena y roja, y sus blanquísimos dientes perfectos. Era una preciosidad.

—¿No acabas de desnudarme tú mismo? —invitó.

—Con mucho gusto.

Levi se apartó un poco, asió el borde de la braguita, y tiró de ella hacia abajo. La sorpresa fue tal (la segunda sorpresa) que quedó tan inmóvil como si realmente se hubiera convertido en piedra. Captó el movimiento de ella, desplazando un brazo hacia una repisa donde había dejado algunas de sus cosas, y desvió la atónita mirada. La vio agarrar el estuche metálico del carmín, y en su aturrida mente flotó un instante la idea de lo inútil que era pintarse los labios antes de ducharse. Volvió a mirar la causa de su pismo.

Estaba en verdad aturdido, desconcertado como nunca en su vida. Y ello porque en el lugar donde había esperado ver un sexo femenino estaba viendo un sexo masculino. Inconfundible.

Y entonces, talmente como si fuese un bombazo, todo estalló de modo nítido en su mente. Lanzó una exclamación, por fin, y alzó la mirada hacia los ojos de la muchacha. Los vio, de pronto convertidos en duros espejos, y, al mismo tiempo, captó de nuevo el movimiento de su brazo, ahora en dirección a él. Todavía pudo ver, fugazmente, el delgado punzón de acero que sobresalía del estuche de carmín y que iba directo hacia su sien izquierda, como un diminuto relámpago.

Retrocedió vivamente, sin soltar la braguita a medio bajar, de modo que la arrancó. Entre su retroceso y el tirón que dio al cuerpo de la «muchacha» al arrancarle la pequeña prenda, ella falló el golpe. La punta de acero pasó silbando por delante del rostro de Levi, cuya reacción siguiente fue sin la menor duda propia de su condición de espía bien entrenado. En lugar de intentar alejarse más de la muchacha regresó hacia ella alzando la rodilla derecha y

encajándola brutalmente entre sus ingles, aplastando dolorosamente los testículos.

El impacto fue tan fuerte que «ella» saltó y cayó dentro de la bañera, soltando el estuche con el punzón. Se golpeó en la cabeza y en la espalda, pero se puso en pie de un salto, relucientes de odio sus hermosos ojos. No tuvo tiempo de nada más. Levi le disparó el puño a la barbilla, en un directo escalofriante. La oyó crujir, y en seguida crujió también la parte posterior de la cabeza de la muchacha al golpear contra la pared. Rebotó como si la pared fuese de goma, pasó junto a Levi saliendo de la bañera, y cayó espectacularmente de bruces, rebotó de nuevo, y quedó tendida cara al techo.

El estupor de Levi había cedido. Se quedó mirando el hermoso cuerpo femenino, y luego los genitales masculinos. Por fin, movió la cabeza. Primera vez en su vida que se las veía con un travesti.

Con la punta del pie empujó la barbilla de la muchacha, que estaba rota. La cabeza osciló de tal modo que Levi Linder no se preocupó más del asunto: ella estaba muerta, eso era todo.

Salíó del cuarto de baño, y en menos de cinco minutos recogió sus cosas y las metió todas en la maleta en cuyo doble fondo llevaba la pistola metida en la funda de plomo especial para viajes internacionales. Ya vestido y preparadas sus cosas para la marcha, se quedó inmóvil, fruncido el ceño. Bien, ella no era una mujer, sino un hombre. Y un hombre (o lo que fuese) preparado para matar. Un asesino. ¿Uno de los dos que estaba buscando? La cosa tenía tantas lógicas posibilidades que la reflexionó en profundidad. ¿Por qué no? Si él, siguiendo una pista de rastreo, se había encontrado de lleno con uno de los asesinos que buscaba, el otro no podía estar lejos. No *debía* estar lejos.

Por el contrario, debía estar tan cerca que si salía del *bungalow* lo iba a ver; el otro a él, no él al otro.

Tras un minuto más de reflexión, Levi Linder fue a la puerta del *bungalow*, abrió el pestillo, y la dejó entornada al máximo. Luego regresó adonde había dejado su maleta, la abrió y sacó del doble fondo la funda de plomo, de la que extrajo la pistola. Enroscó el silenciador en el cañón, se colocó la pistola en la cintura, cerró de nuevo la maleta, y se fue con ella al dormitorio. Se tendió en la cama y esperó.

Apenas diez minutos más tarde supo que la puerta del *bungalow* había sido abierta, y ajustada de nuevo. No oyó nada, pero lo supo. El silencio persistió, mientras Levi empuñaba firmemente la pistola y la apuntaba hacia la puerta del dormitorio.

Un minuto más tarde la cabeza del hombre apareció por un lado del marco. Levi Linder disparó.

Plop, sonó el chasquido del arma.

Se oyó el truncado grito, el feroz chasquido de la bala contra la cabeza, luego un par de traspies, y finalmente el sonido del cuerpo humano al desplomarse. Levi salió de la cama, y abandonó tranquilamente el dormitorio. Afuera, tendido de cara al techo, estaba el hombre, con media cabeza destrozada, y el ojo sano desorbitado.

Un minuto más tarde todas las cosas del hombre estaban en el suelo junto al cadáver. La única que mereció la atención de Levi fue la pequeña radio; tan diminuta que sólo debía recibir señales, no voz. Vio el botoncito de admisión de señales, y captó el suave zumbido, como un diiip-diiip-diiip... Sin cerrar el pequeño receptor se dirigió al cuarto de baño, y su mirada buscó por el suelo.

Allá estaba el pequeño estuche metálico para el carmín. Levi lo recogió, estudió su mecanismo, y tras encontrarlo lo accionó. El punzón se introdujo suavemente dentro del estuche. Y en el acto, en el pequeño emisor dejó de oírse el diiip-diiip-diiip. Apretó el resorte, y de nuevo se oyó el zumbido.

Fantástico. Al parecer el punzón sonaba la señal, advirtiendo al otro que el travesti pasaba al ataque, lo que obviamente implicaba que las cosas se habían complicado. Fantástico. Levi Linder se guardó el estuche emisor y el pequeño receptor, salió del cuarto de baño, recogió sus cosas, y abandonó el *bungalow*.

* * *

Diez horas más tarde, es decir, hacia las diez de la noche, Levi Linder llegaba en avión al aeropuerto ateniense de Ellinikon. Y tan sólo diez minutos más tarde, mientras tomaba café en el bar, un hombre se le aproximó, y se sentó junto a él, dejando en otra silla el portafolios.

—¿Algún problema digno de mención para llegar aquí, Levi? —

preguntó el otro.

—Ninguno.

—Buen trabajo el de Beirut. ¡De modo que uno era un travesti!

—Sí. Fue una lástima, porque estaba muy bien.

El otro sonrió. Era más bajo que Levi, un poco rechoncho, llevaba lentes de miope, y su nariz era descaradamente grande. Su peinado, por así llamarlo, ofrecía simplemente el aspecto de un cepillo de cerdas grises.

—Bien —dijo apaciblemente—, en Ben Yehuda^[1] han decidido no sólo que vayas a París, sino que seas allí la cabeza visible del Mossad. Hemos de poner a alguien, pues nadie creería que no interveníamos. Estamos cargando la zona de agentes que trabajarán paralelamente, pero queremos dar un aspecto... oficial a la intervención del Mossad en ese asunto del edificio de la Interpol.

—Me parece bien —no se inmutó Levi Linder—. ¿Cómo ha podido ocurrir una cosa así?

—Sorprendente, ¿no es cierto? Bueno, ha ocurrido, eso es todo. Utilizaron gases para controlar a todas las personas que había en aquel momento en el edificio. Además de los doscientos y pico de empleados, hay allá dentro ahora unas ochenta personas más, que se hallaban en el edificio por un motivo u otro. En total, unas trescientas personas, todas ellas constituidas en rehenes de Johannes Kopp.

—¿Quién es éste?

—El jefe del comando ocupante. Varias manzanas alrededor del edificio están controladas por fuerzas de toda clase: gendarmes, policía, soldados, hombres de paisano, y, naturalmente, por personal del SDECE francés. Es un múltiple cerco de hierro del que Kopp y sus hombres no podrán salir jamás.

—¿Ni utilizando los rehenes?

—Lo tienen muy complicado. Pero debemos pensar que tienen alguna idea al respecto, evidentemente.

—Evidentemente. ¿Cómo hemos identificado a ese Johannes Kopp?

—El mismo se identificó, al poco de ocupar el edificio. Es un alemán descendiente de un oficial nazi de las SS. Un aventurero de altos vuelos que hasta ahora ha estado contratándose como mercenario.

—¿Y ha dado él sólo ese golpe? ¿Con qué objeto?

—No creemos que esté solo en esto. La opinión más fundada es que está, como siempre, trabajando a las órdenes de alguien, pero no sabemos quién ni qué es lo que quieren, de momento. Lo que sí sabemos es que en ese edificio hay unos ficheros que debimos destruir nosotros mismo hace tiempo.

—Ya —se endureció el gesto de Levi—: los ficheros de los viejos judíos que fueron identificados por los nazis durante la última guerra mundial.

—Sí. La presencia de esas fichas de miles de judíos es consecuencia del tiempo que dichos archivos estuvieron en manos de la Gestapo, que durante un tiempo, como ya sabes, estuvo controlando incluso la Interpol, utilizando sus ficheros para almacenar nombres de miles de judíos. Los ficheros, finalmente, fueron recuperados, pero ahora están en manos de Kopp. De todos modos, quizá las cosas no vayan por ahí. Se desconoce todavía lo que pretende Kopp, están esperando sus exigencias. Pero mientras tanto, como es lógico, nosotros nos hemos movilizado a toda prisa. Es muy posible que la mayoría de los judíos incluidos en esos ficheros hayan muerto, y en todo caso los supervivientes serán ya ancianos, mas, sea como sea, son judíos, y no permitiremos que sufran de nuevo. Si el asunto no tiene nada que ver con esto, nos retiraremos y dejaremos que la Interpol y las autoridades francesas resuelvan el problema a su aire y conveniencia. Pero, Levi, las personas incluidas en esos ficheros ya sufrieron bastante, y si Kopp y quien le paga buscan eso, mátalos.

—Lo haré. ¿Y los ficheros?

—Si es posible, destruyelos de una maldita vez.

—De acuerdo. Ojalá no se trate de eso, sino de cualquier idiotez. No comprendería que el odio estuviese todavía vivo.

—El odio no muere nunca, Levi —murmuró el otro—. Es curioso comprobar que el amor sí puede morir, pero no el odio. Curioso y deprimente, desde luego. Bien, hay algo que deberás tener muy en cuenta: al ser alemán ese Kopp, la BND ha destacado a uno de sus mejores hombres, en parte para saber qué ocurre y en parte para asegurar a las autoridades francesas que, por supuesto, Alemania Federal no tiene absolutamente nada que ver con esto. Ese hombre se llama Hans Erich Fawer. Ésta es su fotografía.

Levi Linder examinó con ojo crítico el rostro del agente del servicio de inteligencia alemán. Parecía tener unos cincuenta años; rostro sano, de subido color, ojos claros, cabellos entrecanos, cabeza sólida, boca fina y hermética... Comprendió que, de un modo u otro, debía tener mucho cuidado con H.

E. Fawer.

Asintió con un gesto, y el otro se guardó la fotografía. Sacó del portafolios unas cuantas páginas mecanografiadas y un pasaje de avión.

—Tu avión sale a las doce, dentro de un par de horas. Cuando llegues a París ya habrás leído todo el informe y las instrucciones complementarias, y lo habrás quemado todo en los servicios del avión. Al llegar al aeropuerto de Orly, te alojarás en un hotel allí mismo. Por la mañana temprano irás a París, llamarás al número que hay aquí anotado, y te dirán dónde debes presentarte. Sé que te recibirán en un despachito del SDECE, y creo que Fawer también estará allí. Colabora con todo, pero piensa siempre en esos malditos ficheros. Seguramente te atenderá, al menos en primera instancia, un hombre del SDECE, llamado Maurice Ransis. Es joven, más o menos como tú, y muy inteligente.

—Todos lo son —murmuró Levi.

—Espero que no olvides eso. No llegues en plan agresivo, sé dúctil en lo posible, pero, Levi, tienes que matar a Johannes Kopp después de saber quién le ha encargado ese asunto.

—Lo haré —dijo secamente Levi Linder—. Lo haré todo.

CAPÍTULO II

Levi Linder llegó a las once en punto de la mañana, esto es, a la hora en que había sido citado, al pequeño despacho del SDECE. Un agente francés le acompañó hasta allí, y tras introducirlo se retiró, dejándolo frente a un hombre que había acudido hacia la puerta, y que tendió la mano al israelita, presentándose.

—Señor Linder, soy Maurice Ransis. Espero que nuestra relación será beneficiosa para todos.

—Yo también lo espero.

Ransis asintió, y señaló a las otras dos personas que esperaban en el despacho, sentadas; ninguna de las dos se puso en pie.

—El señor Fawer, la señorita Pantet.

—Señor Fawer, señorita Pantet... —Movié la cabeza Levi.

Hans Erich Fawer también movió la cabeza, murmurando algo que nadie entendió y mirando con fijeza al israelita. La señorita Pantet fue más expresiva:

—Encantada de conocerle, señor Linder. Su fama le ha precedido.

—¿Mi fama? —Alzó las cejas Levi—. No sabía que los agentes secretos pudiéramos ser famosos.

—En la profesión desde luego que sí —sonrió ella—. Me atrevo a suponer que no es usted uno de esos espías que creen que nadie los conoce. Siempre dentro de la profesión, se entiende.

—Siempre dentro de la profesión —murmuró Levi; miró a Ransis—. ¿Por qué una mujer? ¿Por qué no un hombre?

—La señorita Pantet —aclaró Ransis— merece la confianza del SDECE tanto como usted la del Mossad, señor Linder.

—Es tranquilizador oír eso.

—¿No le gustan las mujeres, señor Linder? —deslizó Veronique

Pantet.

—Las de verdad si.

—¿Las de verdad? No comprendo.

—Yo me entiendo.

—Estoy segura de eso. Pero generalmente las personas nos expresamos de viva voz para que sean los demás, nuestros interlocutores, quienes nos entiendan. ¿Será tan amable de decirme qué ha querido decir con eso de «las de verdad»?

—Quizá se lo explique en otro momento, señorita Pantet.

—Lo cual —intervino suavemente H. E. Fawer— nos deja tiempo ahora para ocuparnos del asunto que nos ha reunido. ¿Les parece bien?

—Yo he venido a eso, señor Fawer —le miró Levi—, no a conversar respecto a mis gustos en cuestión de mujeres.

—Señor Linder —dijo Veronique—, yo estoy dispuesta a considerarlo un hombre educado a pesar de todo.

Levi enrojeció levemente, y se quedó mirándola en silencio, cortado y furioso a la vez. Maurice Ransis se permitió una sonrisa muy a la francesa, y señaló una silla.

—Síéntese, por favor, señor Linder. Conversaremos inmediatamente sobre el tema que nos ha reunido.

—De acuerdo —Levi se sentó—. Quizá podríamos empezar por una exposición por parte de usted sobre cómo están exactamente las cosas en este momento dentro de ese edificio.

—Exactamente no lo sabemos —dijo Ransis, sentándose tras la mesa y ofreciendo cigarrillos americanos a sus invitados colegas—. Pero algo sabemos. Siempre, claro está, por cortesía de Johannes Kopp.

Levi terminó de encender su cigarrillo, y murmuró:

—¿Qué dice Kopp?

—Todas las personas que había dentro del edificio están ahora repartidas en dos de las plantas, separadas además por grupos. En una de las plantas están las personas que visitaban el edificio, y en esa misma planta, pero en otra dependencia, los policías y agentes de seguridad de la Interpol. En la otra planta están todos los empleados técnicos. Absolutamente todos están esposados de pies y manos, y cada grupo está vigilado por seis hombres armados con metralletas.

Un destello entre incrédulo e irónico pasó por los oscuros ojos del agente israelita, un instante antes de decir:

—Eso nos lleva a la conclusión de que esos cuarenta hombres entraron en el edificio llevando no menos de dieciocho metralletas y seiscientos pares de esposas, ¿no es así?

—Evidentemente. Ninguno de nosotros se va a sorprender por el hecho de que un golpe como ése estuviera muy bien estudiado y preparado, ¿verdad? No sólo han introducido todo ese material, sino gases, y, por supuesto, las caretas antigás para protegerse ellos mientras el gas actuaba. Aparte de eso, podemos suponer que disponen de más dosis de gases, más metralletas, y naturalmente, pistolas.

—Y hasta posiblemente bombas de mano —sugirió Levi.

—Podría ser perfectamente. Tal como han sucedido las cosas, tan de sorpresa, todo tan perfectamente planeado, ya nadie se sorprendería de que ése comando hubiese introducido en el edificio incluso una manada de elefantes.

—Eso ha tenido gracia, *monsieur* Ransis —sonrió Veronique.

—¿Usted cree? —La miró vivamente Levi.

—Me pregunto, señor Linder, si es usted capaz de imaginarse una manada de elefantes paseándose por las dependencias de la Interpol.

Levi frunció el ceño. Hans Erich Fawer emitió una brevísima y simpática risa, y se quedó mirando irónicamente al israelita, que por fin replicó:

—Me parece que no soy capaz de imaginar una cosa así.

Está claro que en cuanto a imaginación podrá usted enseñarme algo, señorita Pantet.

—Todos estamos siempre a tiempo de aprender, señor Linder. Por ejemplo, yo espero aprender algo sobre las mujeres cuando usted me explique cómo son las de verdad. Francamente, acabo de adquirir complejo de ser mujer... no completa, falsa; un fraude, vamos.

Levi Linder se permitió una sonrisa mientras contemplaba más en profundidad a la señorita Pantet. Alta, rubia, espléndida, de grandes ojos verdes, cuerpo magnífico, sobria y elegantemente vestida, mirada directa e inteligente.

—No debe preocuparse en ese sentido —dijo amablemente Levi

—. Por el contrario, es usted demasiado bonita.

—¿Demasiado? ¡No sabía que la belleza fuese un inconveniente!

—Para algunas cosas, sí. Y ya que hemos hablado de elefantes, le diré que usted es más llamativa que una manada de ellos. Dudo mucho que pase desapercibida en cualquier parte.

—Es un inconveniente, en efecto —admitió Veronique—; pero hace ya bastante tiempo que lo superé. Quiero dejar bien clara una cosa, señor Linder: yo soy tan espía como usted, y cualquier cosa que usted haga yo puedo hacerla también.

—Espléndido —se alegró amablemente Levi.

—Si les parece —sonrió Ransis—, podemos seguir con el asunto del edificio.

—Sería interesante —apuntó Fawer—. Aunque debo admitir que a mí me está divirtiéndome mucho la conversación entre la señorita Pantet y el señor Linder, tal vez podríamos dejar eso para otra ocasión. Personalmente, me gustaría saber con la mayor exactitud posible cómo está controlado el edificio desde el exterior.

Maurice Ransis asintió, se puso en pie, y se acercó a un gran plano de París colgado en una pared. La zona donde se hallaba el edificio estaba rodeada por cuatro círculos de diferentes colores. Ransis señaló el círculo rojo, el más cercano al edificio y por tanto el más pequeño.

—Tenemos dispuesto un primer cerco tal como ven ustedes... —Levi y Veronique se apresuraron a acercarse, y Fawer lo hizo acto seguido—. Es el cerco más aparatoso, el más visible, y aparte de su estricto cometido está destinado a que Johannes Kopp lo encuentre todo normal. Como es lógico, Kopp debe estar recibiendo información desde el exterior, por medio de radios de bolsillo que también formarían parte de la dotación de su comando...

—Eso nos lleva a la conclusión simplísima —dijo Fawer— de que fuera del edificio Kopp debe tener más hombres.

—Por supuesto —asintió Ransis—. Incluso, nosotros creemos que Kopp tiene más hombres fuera que dentro del edificio. Hombres que estarían destinados a organizar la retirada del comando...

—Perdone un momento —murmuró Levi, señalando los otros tres círculos, verde, amarillo y azul—. Estos tres círculos indican, naturalmente, eso ya lo hemos comprendido todos, otros tantos cercos, aunque sean más discretos que el primero. Discretos, pero

no menos eficaces. ¿Cierto?

—Cierto, señor Linder. A decir verdad el círculo más difícil de salvar por parte de Kopp y sus hombres sería el azul, el último, ya que está compuesto exclusivamente por hombres vestidos de paisano, muchos de ellos apostados en ventanas y lugares adecuados. Todos magníficos tiradores. En el supuesto de que Kopp saliera del edificio utilizando como escudo a los rehenes o a parte de ellos, los tres primeros círculos serían divisados por él, detectados. Pero no el último. Eso podría ponerle, finalmente, muy difícil la huida.

—¿Realmente cree usted que Kopp no ha previsto una cosa así?

—Quizá lo haya previsto, pero nosotros tenemos que hacerla.

—Veamos... ¿Cómo han calculado ustedes que podría emprender Kopp la retirada? Son cuarenta hombres, y contando con que cada uno de ellos lleve un solo rehén, serían ochenta personas. ¿Cómo creen ustedes que podrían ser evacuados de la ciudad de París ochenta personas... de un modo rápido, eficaz, seguro, sin contratiempos?

—Volvemos a lo de la imaginación —murmuró Veronique—: Johannes Kopp debe tener mucha más que nosotros, ya que a nosotros no se nos ha ocurrido ningún sistema como el que usted menciona, señor Linder.

—Sin embargo, debe tener uno —insistió Levi—. Nadie puede ser tan cretino como para efectuar un ataque semejante sin haberse preparado la retirada. ¿Está de acuerdo, señorita Pantet?

—Naturalmente. Pero sea cual sea el sistema de retirada de Kopp nosotros no hemos podido imaginarlo. ¿Usted sí?

—No... —admitió hoscamente Levi—. Francamente, no. Porque, además, ése comando ha ido a buscar algo ahí dentro, algo que tendrán que llevarse. Y no creo que se trate de una carpeta.

—¿Un fichero, tal vez? —deslizó Veronique.

Levi la miró directa y fijamente.

—De acuerdo, admitido —dijo—; es usted inteligente. Sí, yo estoy pensando en *varios* ficheros.

—Nosotros también hemos pensado en ello, señor Linder —dijo Ransis—. Y el señor Fawer también lo ha hecho. Estamos hablando de los ficheros con nombres judíos recopilados durante la última guerra, ¿verdad? Pero, mire usted, los ficheros de la Interpol son...

arcaicos. No están montados con computadoras y demás sofisticaciones actuales de modo que bastaría llevarse los discos magnéticos impresos y colocarlos en otra computadora que *tal vez* alguien les hubiera programado adecuadamente. Tendrían que llevarse miles de fichas. Necesitarían un camión, por lo menos. Y luego, todo el trasiego de las fichas... Bueno, su retirada en estas condiciones y llevando un mínimo de cuarenta rehenes no nos parece nada fácil.

—Eso podría llevarnos a la conclusión —intervino Fawer— de que no son los ficheros lo que quieren.

—¿Qué quieren, entonces? —Le miró Levi.

Fawer encogió los hombros, y durante unos segundos todos quedaron silenciosos. Por fin, tras un carraspeo, el atractivo Maurice Ransis volvió a señalar el plano de París.

—Bien, además de los círculos de personal tenemos dispuesto un sistema de vigilancia electrónica, principalmente de cámaras de televisión, que apuntan tanto hacia el edificio como hacia el exterior de los círculos, de modo que si por ejemplo una columna de automóviles, camiones, o cualquier otra clase de vehículos se acercase para recoger a Kopp y sus hombres serían detectados inmediatamente y quedarían bajo la vigilancia de las cámaras en todo momento.

—¿Qué ganaríamos con ello si llegasen con carros de combate? —quiso saber Levi.

—No es tan fácil conseguir carros de combate, señor Linder.

—Tampoco debía parecer fácil tomar por asalto la sede de la Interpol, y ahora estamos metidos en ello.

—Estoy de acuerdo con el señor Linder —dijo Veronique—. Pero, la verdad, señores, creo que estamos desorbitando un poco la cuestión. Al menos, eso de los carros de combate, aunque factible, me parece exagerado. Un carro de combate no podría trasladar demasiado personal, así que necesitarían quizá unos veinte carros. ¿Se lo imaginan? Y luego, ¿adónde irían esos carros de combate? Si en determinado momento dejaban marchar a los rehenes, esos veinte carros quedarían a merced de los carros de combate del ejército francés, y podrían ser despedazados. Si, por el contrario, no soltaban a los rehenes, y parecía en determinado momento que no pensaban hacerlo jamás, igualmente serían destrozados por la

artillería o la aviación. No usarán carros de combate. ¿Señor Linder?

—Creo que tiene razón —gruñó el israelita—. Pero supongo que todos estamos de acuerdo en que deben tener preparada la retirada. Y deberíamos intentar adivinar qué sistema utilizarán.

—Yo estoy convencida de que será algo tan simple que se nos puede ocurrir en cualquier momento, igual que se les ocurrió a ellos —habló de nuevo Veronique—. Pero no se nos ocurrirá pensando, forzando nuestra imaginación, sino de pronto, en cualquier momento. Es inútil dedicar tiempo a eso ahora..., en mi opinión, claro. Puedo aceptar cualquier otra sugerencia.

Los tres hombres se quedaron mirándola. Levi Linder fue el primero en mostrarse de acuerdo con *mademoiselle* Pantet:

—De acuerdo. Me gustaría saber, ahora, dónde se reciben las imágenes de esas cámaras de televisión que vigilan en torno al edificio.

—Tenemos preparada aquí mismo una sala con cincuenta receptores, uno por cámara, naturalmente. Si lo desean podemos ir allá a echar un vistazo.

—Me gustaría mucho —dijo Levi.

—¿Señor Fawer? —Le miró Ransis.

—Por supuesto que a todos nos gustará ver eso... —asintió el alemán—. ¿No es así, señorita Pantet?

—Yo ya lo he visto —sonrió la encantadora rubia—, pero tendré mucho gusto en acompañarles. No tengo la menor intención de separarme del señor Linder hasta que me explique eso que tan intrigada me tiene, respecto a las mujeres de verdad.

—Es usted de ideas fijas, ¿no? —sonrió Levi.

—En absoluto —rechazó Veronique—. Mis ideas son cambiantes y libres como el viento, pero cuando no comprendo algo no para hasta comprenderlo.

—En ese caso quizá llegue usted a comprender cómo piensa Kopp no sólo salir de ahí, que eso lo tiene fácil bajo amenazas a los rehenes, sino ponerse definitivamente a salvo tras soltarlos o desembarazarse a las malas de ellos.

—Tal vez llegue a comprenderlo. Si lo logro..., ¿se lo comunico, o prefiere llegar a descubrirlo también por sí mismo?

—No soy un estúpido, señorita Pantet.

—En ese caso, si llego a imaginar ese sistema de fuga hablaré con usted al respecto. Pero, señor Linder, a cambio de que usted me diga eso de las mujeres de verdad.

—Su terquedad es increíble. Bien, es un trato.

—Si ya han llegado a un acuerdo entre ustedes —dijo apaciblemente H.

E. Fawer

—, podríamos acompañar al señor Ransis a ver esas imágenes.

—¿Señorita Pantet? —sonrió Ransis—. ¿Señor Linder?

—Estamos listos —sonrió también Veronique.

Tres minutos más tarde entraban en una dependencia del SDECE, donde estaban funcionando exactamente cincuenta y dos receptores de televisión, cada uno con imágenes diferentes y atendido asimismo cada uno por un hombre diferente. El sonido de las calles de París era atronador allí dentro, una simple locura.

—Supongo —dijo Ransis— que no necesitan ustedes mis explicaciones. Las imágenes hablan por sí solas. Sírvanse a su gusto, aunque por el momento todo esto no conduce a nada.

Levi Linder, que estaba mirando hoscamente a uno y otro receptor, dijo, mostrando evidente desagrado:

—Todo está lleno de gente. De público, quiero decir.

—Fuera de los círculos de vigilancia, sí —asintió Ransis—. Hemos tenido que resignarnos a ello. En estos momentos el edificio de la Interpol merece mucha más atención que la Torre Eiffel o Notre-Dame, por ejemplo. No podemos evacuar París, señor Linder.

—Claro que no... —admitió de mala gana el israelita—. Supongo que entre el público habrá cientos de periodistas de todo el mundo.

—Asimismo inevitable —suspiró Ransis—. Estamos teniendo muchos problemas con ellos, y con emisoras de televisión que pretenden acercar equipos al edificio, aunque no hay nada que ver en él, sólo el edificio. Véanlo aquí, en varias tomas. Las puertas y las ventanas están cerradas, no se ve a nadie tras los cristales, no hay movimiento alguno. Se diría que es un edificio clausurado.

Los tres espías estaban ya mirando de una a otra de las pantallas que ofrecían la imagen del edificio de la Interpol, cerca del cual el resto de edificios habían sido evacuados por sus ocupantes. Era como una película de fantasmas. Allá, todo estaba en silencio, no

ocurría absolutamente nada, no se veía nada.

No obstante lo cual, los tres espías permanecieron en aquella sala no menos de veinte minutos, yendo de una a otra imagen, pero regresando siempre a las del edificio ocupado por el comando de Johannes Kopp. Veronique Pantet fue la primera en aburrirse del espectáculo, que ya desde el principio parecía más bien haberle fastidiado.

—Se acerca la hora del almuerzo —dijo—. Y pese a todo, yo tengo apetito.

—Si el señor Fawer y el señor Linder están de acuerdo, pediré que nos traigan algo a mi despacho —dijo Ransis—. ¿Les parece bien?

Los dos asintieron, y poco después los cuatro se hallaban de nuevo en el despacho de Ransis, que pidió almuerzo para cuatro por medio del teléfono interior. Cuando colgó el auricular, Levi preguntó:

—¿Y qué están haciendo los demás, señor Ransis?

—¿Los demás?

—No pretenderá hacerme creer que estamos trabajando solos en esto nosotros cuatro.

—Ah, entiendo. No, claro. Bueno, los demás están atendiendo de modo... oficial el asunto. Nosotros cuatro formamos algo así como un... comando especial anticomando del de Kopp. Quiero decir con esto que no intervendremos salvo que las circunstancias sean especiales. No tiene objeto apostarnos como gendarmes a ver qué pasa en el edificio. En cambio, aquí, tranquilos, formamos algo así como una... extraordinaria célula pensante que podría beneficiar a todos.

Esto aparte del hecho de que tanto usted como el señor Fawer, dadas las circunstancias, están siendo atendidos por el SDECE, en condiciones de privilegio. Por supuesto, los americanos, los británicos, los rusos, en fin, todos los servicios secretos, están por ahí intentando penetrar en el asunto, pero ninguno está teniendo las facilidades de usted y el señor Fawer. En cuanto a la postura oficial, ni siquiera nos interesa. Nosotros somos espías, no funcionarios diplomáticos, policiales y cosas parecidas.

—Si nosotros, en grupo aparte, no sacamos nada en claro —dijo H. E. Fawer—, nadie lo conseguirá.

—El señor Fawer —intervino Veronique— ha comprendido que el SDECE se ha puesto a su servicio. ¿Usted no lo ha comprendido, señor Linder?

—Me gustaría saber, simplemente, qué está haciendo el SDECE, sin contar con nosotros —gruñó Levi.

—Señor Linder —dijo amablemente Ransis—, le aseguro que si el SDECE consigue algo que usted y el señor Fawer deban saber serán puestos al corriente de ello. De todos modos, naturalmente, si usted prefiere trabajar por su cuenta yo no tengo nada que oponer.

—Es decir, que acepto lo que consiga en este despacho o me dedico a trabajar por mi cuenta.

—Un tanto rudamente, pero bien expresado en su esencia —asintió Ransis, un tanto secamente—. Y no me diga que no ha sabido valorar usted nuestra buena voluntad de colaborar en esta ocasión con el Mossad.

—No he pretendido ser desagradable ni desagradecido —aseguró Levi.

—Estamos seguros de eso —sonrió Veronique—. Digamos que se trata de una faceta especial del comportamiento de los hombres del Mossad. No en vano son actualmente los mejores espías del mundo.

Levi Linder entornó los párpados y se quedó mirando con mal contenida irritación a Veronique Pantet, que sonreía angelicamente. Fawer contenía una sonrisa. Maurice Ransis miraba con curiosidad a Levi, esperando su respuesta. Chasco para todos, porque Levi Linder permaneció en silencio.

Diez minutos más tarde les sirvieron el almuerzo. Eran las doce y veinte de la mañana. A las doce y media estaban terminando cuando sonó el teléfono interior del despacho. Ransis atendió la llamada, escuchó, y todos vieron el súbito interés que apareció en sus ojos.

—Gracias... —Colgó el auricular, y miró a los tres espías—. A la una, Johannes Kopp va a dirigirse de nuevo a las autoridades francesas por medio de la radio en la onda concertada. Podremos escucharle aquí mismo, en el receptor que se me ha facilitado.

CAPÍTULO III

A la una menos un minuto Ransis encendió el receptor, en el que sólo se oyeron algunos silbidos. A la una en punto sonó una voz de hombre, con acento alemán, pero expresándose en buen francés:

—Señores gobernantes de Francia, les habla Johannes Kopp, jefe del comando de cuarenta y tres hombres que en estos momentos ocupa el edificio de la Interpol en París. En primer lugar, recordarles a ustedes que tenemos en nuestro poder no sólo el edificio, sino las doscientas noventa y seis personas que había en él en el momento de la ocupación. Hasta el momento, no hay bajas que lamentar, ni incidentes de importancia que comentar. Todo está en perfecto orden y bajo mi control. Apelo al buen juicio de ustedes para que la situación permanezca de este modo a la espera de la solución a este asunto.

»Ha llegado el momento de que les exponga a ustedes el motivo de esta ocupación. Escuchen con atención, porque no lo repetiré. Éste comando que dirijo exige de las autoridades francesas la suma de tres mil millones de francos fuertes en billetes de curso legal, mil millones en diamantes, y cinco mil millones en oro. Comprendiendo la dificultad y sobre todo el tiempo que requiere reunir todo esto, vamos a concederles un margen de tiempo adecuado para que puedan ponerlo a nuestra disposición. Dentro de veinticuatro horas volveré a comunicarme con ustedes y les diré cómo, cuándo y dónde deben entregar lo pedido. Hasta entonces no tengo nada más que decirles. Sin embargo, si ustedes desean hacerme llegar cualquier mensaje pueden utilizar este sistema de contacto a partir de las cinco de la tarde y posteriormente cada dos horas.

»Desistan de cualquier otro arreglo, y recuerden: tenemos todo un edificio en nuestro poder, y dentro de éste, doscientas noventa y

seis personas esposadas y bajo amenaza de nuestras armas. Les saluda Johannes Kopp».

La emisión terminó. Maurice Ransis apagó el receptor, y miró a sus acompañantes uno a uno. Veronique Pantet, simplemente, tenía alzada una ceja. Hans Erich Fawer parecía perplejo. Levi Linder, simplemente, estaba furioso. Y no podía ocultarlo.

—Pero... ¿qué demonios se ha creído ese tipo? —exclamó de pronto—. ¡Dinero! ¡Cochino dinero!

—Yo no diría que nueve mil millones de francos es *cochino* dinero, señor Linder —murmuró Ransis.

—¡Nueve mil millones! ¿Y por qué no redondear la cifra a diez mil? O a cien mil. ¿Y por qué no un billón de francos? ¡Ese hombre cree que está tratando con imbéciles!

—Estoy de acuerdo con el señor Linder —dijo Fawer—. No puedo creer que un golpe así haya sido planeado y llevado tan magistralmente a cabo sólo para pedir dinero. Es absurdo. Demasiado riesgo, demasiado comprometido, demasiado espectacular. Para eso podían haberlo hecho con la Torre Eiffel, por ejemplo, o con un banco, también lleno siempre de personas, o con un barco, un avión... Lugares menos protegidos, menos arriesgados que la Interpol. Podían haber reducido la cosa a Francia, pero al atacar a la Interpol han encrespado a las policías de todos los países miembros. ¿Adónde irán con el dinero? Además, ¿cómo van a manejarlo? Todos esos diamantes, el oro, y los billetes, deben pesar toneladas, y abultar lo suyo. Es absurdo, simplemente.

—No quieren dinero... —insistió Levi—. ¡Claro que no! Si hubiesen hecho exigencias y hubieran pedido una cantidad de dinero físicamente manejable aprovechando la ocasión de enriquecerse, lo creería. ¡Pero sólo dinero, y en esas cantidades...! ¿Cómo piensan recogerlo, transportarlo, invertirlo, o esconderlo?

—Sin embargo, hay otra pregunta... —deslizó Fawer—. En el supuesto de que, en efecto, sólo quieran dinero, ¿para qué lo necesitan? ¿Qué piensan hacer con él y dónde? Tal vez esto sólo sea el golpe preliminar a otro golpe mucho más importante y con sentido.

Maurice Ransis desvió su mirada hacia Veronique.

—¿Señorita Pantet? —murmuró.

—Están ganando tiempo —murmuró también la rubia.

—Tiempo... ¿para qué? —exclamó Fawer.

—No lo sé, *herr* Fawer. Y no quisiera incordiar de nuevo al señor Linder dando rienda suelta a mi imaginación.

—No tema nada en ese sentido —aseguró Levi—. Tiempo... ¿para qué?

—Usted debería haberlo adivinado —dijo ella, mirándole fijamente.

—¿Están trabajando con los ficheros? —susurró el israelita.

—Eso creo. O con cualquier otra cosa que esté dentro del edificio. No piensan *llevarse* nada, pero están utilizando algo ahí dentro. Pueden ser los ficheros o puede ser el sistema de comunicaciones de la Interpol, que une muchos países directamente.

—Sí, pero con estaciones policiales.

—Lo sé.

—Si estuviese sucediendo algo parecido en otros países lo sabríamos. Además, no hay otros centros vitales de la Interpol como el de París.

—Bueno, pueden ser muchas cosas —dijo Veronique—, pero en mi opinión están ganando tiempo. Están haciendo algo que requiere tiempo, y quieren tenernos entretenidos y con la mente ocupada con eso del dinero..., para que no pensemos otras cosas.

—¿Green que están tratando con tontos?

—Hacen su juego, simplemente. Y alguien debería entrar en ese edificio para intentar saber de qué se trata en realidad.

—¿Está bromeando? —Respingó Fawer, fuertemente—. Cualquiera que pretenda entrar ahí será eliminado en cuestión de segundos. Nadie tiene la menor posibilidad de entrar ahí y salir vivo. ¡Vamos, ni siquiera conseguiría entrar, es así de simple!

—A menos, claro está —dijo Ransis—, que optáramos por hacer las cosas a la tremenda, en cuyo caso podríamos dar por muertos a todos los rehenes. ¿Es eso lo que usted sugiere?

—No —rechazó Veronique—. Pero se me ocurre que podríamos exigir que recibiesen a alguien que tendría la misión de ver a los rehenes, de asegurarse de que todos están vivos y en perfectas condiciones. Esto podría ser una condición por parte del Gobierno francés previa al pago de esas cantidades. Si realmente Kopp quiere ganar tiempo no se opondrá. No tiene nada que perder con ello.

Los tres hombres miraban fijamente a Veronique Pantet. De pronto, Levi Linder suspiró, y dijo:

—Hace poco estuve buscando a dos asesinos que habían operado en Israel. La pista me llevó a Beirut, y allá, siguiendo otra pista, encontré a una mujer muy hermosa que, al parecer, estaba relacionada con los dos asesinos. Resultó que la mujer era uno de los asesinos, un travesti. Estuvo a punto de matarme.

—¿Eliminó usted a los dos asesinos, finalmente? —preguntó Veronique.

—Sí, lo hice.

—Me complace mucho oír eso. Pero... ¿por qué nos lo explica ahora?

—Fui un poco estúpido con usted. Cuando hablé de mujeres de verdad estaba pensando en aquel travesti.

—¿Cree que yo soy un travesti? —rió de buena gana la muchacha.

—Ésa ya es otra cuestión, habría que asegurarse —sonrió Levi—. Pero, de un modo u otro, usted, como ser pensante, se ha ganado mi consideración.

—¡Pero eso es terriblemente halagador, viniendo de un agente del Mossad! ¿No le parece, *herr* Fawer?

—Me uno a la opinión del señor Linder sobre usted —dijo el hombre de la BND—. Y ahora, tomemos una decisión. Suponiendo que consiguiéramos que Johannes Kopp recibiera a alguien... ¿quién sería ese alguien, quién iría allí?

—Haga usted una sugerencia —sonrió Veronique.

—¿Usted?

—Salvo opiniones en contra, podría ir yo, en efecto. A veces es favorable ser mujer. He observado que, por lo general, los hombres nos consideran menos listas que a sí mismos. Y siempre es menos preocupante recibir la visita de inspección de una chica bonita que de un hombre como el señor Linder, dicho sea sin ánimo de molestar.

—No me molesta —sonrió Levi—. Pero dése cuenta de lo que intenta... Podría ser muy peligroso.

—Señor Linder, yo no estoy trabajando en el SDECE, para cocinar o hacer calceta. ¿Le gustaría a usted ver mi ficha y la puntuación en los trabajos que me han sido encomendados desde hace algunos

años?

—Me gustaría, pero sé que no me lo permitirán. Además, no debe hacer muchos años de eso.

—Los suficientes para haber aprendido a cuidar de mí misma.

—Hasta las cinco no podemos hacer contacto con Kopp... —dijo Ransis, que había prestado más atención a sus pensamientos que al diálogo entre los dos espías—. Yo puedo poner en marcha la idea de Veronique, y dejar que otras personas hagan las negociaciones con Kopp en ese sentido.

—Lo que nos deja cuatro horas en blanco —gruñó Levi.

—No para mí —dijo Fawer—. Tengo que ponerme en contacto con mis compañeros, a ver si conseguimos algo por ese lado. Pero naturalmente a las cinco en punto estaré de nuevo aquí.

—De acuerdo, señor Fawer —asintió Ransis—. ¿Señor Linder?

—Mis compañeros no necesitan de mí, ni yo de ellos, de momento, ya que no creo que hayan conseguido más que nosotros. De todos modos, para asegurarme de eso me bastará una llamada por radio a mi contacto de enlace... Lo que, como he dicho, me deja cuatro horas en blanco.

—No a mí... —dijo Veronique—. Estoy deseando ducharme, tomar un par de cafés tranquilamente, y reflexionar un poco más sobre el asunto. Pero, como el señor Fawer, a las cinco en punto estaré aquí..., salvo que usted disponga otra cosa, *monsieur* Ransis.

—No, no —sonrió éste—. Bien, nos veremos de nuevo a las cinco.

Fawer fue el primero en marcharse, pero cuando Veronique y Levi salieron a la calle todavía pudieron verlo alejarse a grandes zancadas; era un hombre alto, macizo, fuerte. Levi comentó, señalándolo con la barbilla:

—Tampoco nuestro colega es difícil de identificar, ¿no le parece?

Veronique le miró directamente.

—Le disgustan los alemanes, ¿no es cierto?

—No todos. Yo nací después de terminada la guerra, ¿sabe? Por lo demás, personalmente, *herr* Fawer no me cae mal. Pero es alemán, claro.

—Ya.

—No debe preocuparse por ello —sonrió Levi—. Soy un hombre

demasiado frío para que influyan en mí cuestiones periféricas a mi trabajo.

—Lamento que sea tan frío. Había pensado invitarlo a café.

—Bueno... —Amplió su sonrisa Levi—, mi frialdad tiene un límite, naturalmente.

—¿Qué tal si lo ponemos a prueba? —rió de pronto Veronique.

—Nunca he estado en el apartamento de una espía francesa.

—Sorprendente. Usted parece haber estado en todas partes. Pero, en fin, todo sucede tarde o temprano por primera vez, ¿no está de acuerdo?

—Todo, no sé. Pero suceden muchas cosas por primera vez. Al menos en cuanto a experiencias personales, porque la cosa en sí, sin duda, les ha ocurrido antes a otras personas, de modo que no suceden por primera vez.

—Dios mío... —gimió cómicamente Veronique—. ¡Su mente analítica casi me da miedo, señor Linder!

—¿Qué le parece el nombre de Levi?

—Pues me parece muy adecuado para usted —rió de nuevo ella.

—En realidad me habría gustado llamarme David, pero mis padres no me dieron tiempo a elegir: cuando me di cuenta, ya me llamaba Levi.

Veronique soltó una franca carcajada, y señaló hacia delante.

—Venga conmigo. ¡Se ha ganado el café!

El apartamento estaba apenas a diez minutos andando de la sede del SDECE, en un anodino edificio de cuatro plantas. Veronique cerró tras entrar en pos de Levi, y ambos fueron al pequeño saloncito. El israelita lanzó un breve vistazo circular, inexpresivo el rostro.

—¿Qué le parece? —preguntó la rubia.

—Muy adecuado como base operacional. Me gustaría ver su verdadero apartamento.

—¿Cree que no es éste?

—Me apuesto la cabeza a que no. La personalidad de usted es demasiado fuerte para que no deje su sello incluso en un apartamento.

—Eso es muy amable por su parte, ¿no cree?

—De donde se infiere que usted considera que mi faceta más relevante no es la amabilidad.

—Poco a poco me va resultando usted soportable. Me gustaría

ducharme antes que nada, si no le importa. Mientras tanto, puede fisgar por aquí cuanto guste.

—No vale la pena. Prefiero hacer el café.

—¡De acuerdo! —rió una vez más la muchacha.

Le llevó a la cocina, lo puso en situación, y lo dejó solo. Levi preparó el café, pero, pese a lo dicho, mientras éste se hacía, se dio una vuelta por el apartamento, cuidando muy bien de no quedar a la vista desde el cuarto de baño en ningún momento.

Tal como había supuesto no había allí nada que mereciera la pena. Excepto la maleta y el maletín que vio dentro del armario. La maleta estaba vacía, sin duda, ya que las ropas colgaban en la barra del armario. Se quedó mirando el maletín, sintiendo fuertes tentaciones de abrirlo. Pero las resistió. Tenía la certeza de que de un modo u otro ella lo sabría. En realidad, quizá estaba esperando que lo hiciera, y por eso le estaba dando tantas facilidades. Decidió no darle ese gusto a la bella Veronique.

Cuando ésta apareció en la salita, envuelta en una toalla de baño, Levi estaba sentado en el sofá, fumando, el café listo para ser servido. El israelita se quedó mirando la húmeda cabellera rubia de la muchacha, sonrió, y dijo:

—Es usted bellísima, Veronique.

—¿Quiere decir que le estoy provocando deliberadamente con esto de la ducha y apareciendo así?

—¿No lo está haciendo?

—En absoluto. Por lo que he oído sobre usted me gusta como colega, pero como hombre no es mi tipo.

—Vaya —gruñó Levi—, ¿qué me dice? ¿Le parezco feo?

—¡Ni mucho menos! —exclamó ella—. No se trata de eso. Simplemente, no es usted el hombre al que yo amaría.

—Entonces, ¿por qué me ha traído aquí?

—Yo no le he *traído*. Simplemente, le invité a café, pensando que conversando podríamos encontrar entre los dos algo interesante sobre nuestro trabajo.

—Está bien. Dígame una cosa: ¿de qué color es su cabello?

—Salta a la vista que es rubio, ¿no? —se sorprendió Veronique.

—Lo lleva teñido. ¿Cuál es su color original?

—Rubio, pero más feo —rió la francesa—. Es un simple arreglo.

—Ah. ¿Y las lentillas de contacto?

—¿También se ha dado cuenta de eso? —exclamó Veronique; y como Levi se limitara a sonreír con amable ironía, añadió—: Bueno, prefiero llevar lentillas a llevar gafas. Coquetería femenina.

—Las gafas no le sentarían mal a usted. De todos modos, le diré que si no la hubiera conocido en el SDECE y a las órdenes de uno de sus más prometedores empleados se me ocurriría pensar cosas extrañas sobre usted.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que no es lo que parece y que se había metido en el asunto subrepticamente, tal vez favoreciendo los planes de Johannes Kopp.

—¡Eso es una barbaridad! Bueno, quiero decir en mi caso.

—Era sólo una idea. ¿Le pongo azúcar?

—No, gracias. Le ofrecería coñac, pero...

—No, gracias. Usted puede tomarlo, si quiere.

—Prescindiremos del coñac por hoy.

Veronique se sentó en un sillón frente a Levi, que sirvió el café en sendas tazas. El tampoco se puso azúcar. Cuando tendió la taza en su platillo a Veronique, ésta se inclinó para tomarlo, y la toalla, que rodeaba sus axilas, se soltó inesperadamente y cayó hacia la cintura de la muchacha, dejando completamente al descubierto su pecho. Veronique clavó su mirada con viveza en los ojos de Levi, y murmuró:

—Le aseguro que no lo he hecho a propósito, Levi.

—Estoy seguro de eso, pero no me excite demasiado: todavía me dura el trauma del travesti de ayer, precisamente más o menos a esta hora... Tenía unos pechos preciosos, aunque menos que usted, desde luego. ¿Querrá creerme si le digo que estaba dispuesto a echarle un par de polvos?

—Debía ser muy atractiva.

—Hasta llegar a las ingles, sí.

—Bueno, Levi, no me diga ahora que le gustaría ver... mis ingles.

—Como gustarme, me gustaría, pero no compliquemos las cosas. Habrá tiempo para todo.

Veronique, que terminaba de colocarse de nuevo la toalla, se quedó mirándolo socarronamente.

—¿Usted cree? —Pareció desafiar.

—Es una esperanza por mi parte —sonrió el israelita—. Mire, no desquiciemos las cosas: es lógico que me tiene una mujer como usted, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Pero nunca me han gustado los hombres que utilizan a la mujer como una manzana, esto es, que se la comen y tiran el resto. Y usted parece considerar las cosas de ese modo.

—También puedo ser más romántico.

—Lo dudo... —Veronique probó el café, y en su rostro apareció una sincera expresión de sorpresa—, ¡Dios mío! ¡Y yo creía que sabía preparar el café!

—Tengo muchas habilidades —deslizó amablemente Levi—. Por ejemplo, estoy seguro de que si la acompañase a usted a ver a Kopp podría ser útil, y le aseguro que no buscaría complicaciones innecesarias. Ni siquiera hace falta que me presente allá como Levi Linder, agente del Mossad. Al señor Kopp podrían ponérsele los pelos de punta. ¿Qué tal si me presento como un compañero de usted del SDECE? Marcel Priolet, por ejemplo.

Veronique, que le estaba mirando fijamente por encima de la taza de café, murmuró:

—De modo que es eso... Ha venido aquí para «trabajarme» a fin de convencerme de que yo convenza a mis jefes para que le permitan acompañarme.

—A las mujeres no se les puede ocultar nada —sonrió Levi Linder—. Mi madre también era muy perspicaz..., y eso tenía desesperado a mi padre. Pero yo estoy aprendiendo a aceptarlas como son. Es más: el hecho de encontrar una mujer perspicaz e inteligente como usted me encanta. Admita que no es frecuente. Tal vez sea por eso que *monsieur* Ransis la tiene en tal alta estima.

—¿Alta estima?

—No la trata, en modo alguno, como a un agente corriente.

—¿También usted quiere ser perspicaz? —rió Veronique.

—Lo soy por naturaleza. Perspicaz y suspicaz. Y le aseguro que no lo lamento.

—De modo que realmente es usted un agente de primera categoría, Levi.

—De los mejores, dicho sea con sinceridad. No causaría problemas con Kopp, se lo aseguro.

—¿Por qué no le hace la petición a *monsieur* Ransis?

—Prefiero hacérsela a usted.

Veronique asintió, y durante un par de minutos se dedicó a terminar apaciblemente su café. Luego, fue al teléfono, marcó un número, y cuando le contestaron dio su nombre. Esperó unos segundos, y otra persona atendió la llamada.

—Soy Veronique —dijo ésta—. Si conseguimos que Kopp acepte la visita el señor Linder quiere acompañarme.

—*Herr Fawer* no lo ha pedido, y el señor Linder sí. No creo que *herr Fawer* se moleste, es demasiado veterano. Por otra parte, tres quizá le pareceríamos demasiados a Kopp.

—¿...?

—Por mí no hay inconveniente.

—...

—De acuerdo. Adiós.

Colgó, y regresó al sillón, mientras Levi le servía otra taza de café. Se sentó y dijo:

—Si Kopp acepta vendrá usted conmigo.

—Gracias. ¿Con quién ha hablado usted?

—Con Ransis, por supuesto.

Levi Linder la miró, sonrió, y eso fue todo. Con esto, Veronique tuvo suficiente para saber que el israelita no la había creído.

CAPÍTULO IV

Johannes Kopp aceptó.

Y a las cinco y media de la tarde Veronique Pantet y Levi Linder se acercaron al edificio de la Interpol, a pie. El silencio era tal en la zona que sus pisadas resonaban en la calle. Una insólita faceta de París.

Las condiciones para que Kopp recibiera a los dos agentes del SDECE no eran ni mucho menos duras, tenían que ir desarmados, por supuesto, dejarse registrar concienzudamente, y no dirigir en ningún momento la palabra a ninguno de los rehenes, en cualquier idioma, ni hablar delante de ellos. Los verían, se asegurarían de que su estado físico era todo lo bueno que cabía en sus circunstancias, y eso sería todo.

Fueron recibidos en la puerta principal del edificio por cuatro hombres armados de pistolas, que sin pronunciar palabra los registraron en verdad a conciencia. Luego, convencidos de que no portaban armas ni nada que pudiera causar inquietud al comando ocupante, fueron llevados al segundo piso, donde en un despacho aguardaba Johannes Kopp, sentado tras la mesa y fumando un grueso cigarro. Veronique y Levi quedaron ante la mesa, y los cuatro hombres se distribuyeron por el despacho, siempre vigilantes.

Johannes Kopp era sencillamente impresionante. Debía medir metro noventa, y era un hércules de cuello robusto y aterradoramente musculado. Llevaba el rubio cabello muy corto, y su cabeza parecía una roca, en la cual destacaba la delgada boca y los grandes ojos claros, de un azul celestial. No tendría más de treinta y cinco años. Estaba en mangas de camisa, y no parecía muy satisfecho de la temperatura.

—Señorita Pantet, señor Priolet —saludó amablemente en su buen francés con notable acento—, sean bienvenidos a la zona ocupada. ¿Cómo están las cosas por ahí fuera?

—Muy tensas, señor Kopp, como usted comprenderá.

—Sí, cabe imaginárselo. Pero no se preocupen, todo terminará bien, si el Gobierno francés accede a nuestras exigencias. Y parece que están dispuestos a hacerlo, ¿verdad?

—Señor Kopp, si usted ha matado a alguien las cosas no serán tan fáciles. Quizá, si los muertos fuesen franceses, nuestro Gobierno transigiría, como mal menor, pero aquí hay policías de otros países, y si ha muerto uno o varios de ellos las autoridades francesas se van a ver muy presionadas.

—Le aseguro a usted que no se me ha escapado eso en ningún momento. No quiero complicaciones, sólo conseguir mi objetivo. ¿Alguna pregunta?

—No.

—¿De veras? —Alzó las cejas Kopp, sonriente—. ¿No han recibido instrucciones de sonsacarme lo máximo que puedan?

—Se le supone a usted demasiado inteligente para tratarlo de modo tan burdo, señor Kopp. Un hombre que ha planeado y conseguido ocupar el edificio de la Interpol merece mayores distinciones.

Johannes Kopp parpadeó tras unos segundos de mirar fijamente a Veronique Pantet. Luego miró a Levi Linder, que sostuvo impávido la mirada. Finalmente, miró con rapidez de uno a otra varias veces. Moviò la cabeza.

—Apuesto a que han enviado al personal adecuado para esta entrevista —susurró—. Pero no se pasen de listos. Yo tengo el poder. Y ahora, vamos a ver a esas personas. Recuerden: ni una sola palabra. Nada, ni un comentario entre ustedes. ¿Está bien claro?

—Sí.

Kopp asintió, y se puso en pie. Enorme, poderoso, macizo. Salió en primer lugar del despacho, seguido por Veronique y Levi, que llevaban tras ellos la escolta de cuatro hombres. El silencio era sepulcral en el edificio, y no se veía a nadie. Veronique comprendió de pronto por qué le había parecido que Kopp no estaba satisfecho con la temperatura: los acondicionadores de aire habían sido apagados, se preguntó por qué, cómo no fuese, precisamente, para

que cualquier ruido extraño fuera captado en el acto. Al parecer, Kopp lo temía todo, y estaba siguiendo una táctica muy estricta y precisa en la ocupación. Parecía, ciertamente, un hombre sólido, capaz de todo..., pero no de planear aquel asunto. Su fuerte era la acción, no las ideas..., aunque tampoco era tonto, ni mucho menos.

Los rehenes estaban en la cuarta y quinta planta, es decir, en el centro del edificio, en la parte que más tardarían en alcanzar cualesquiera personas que consiguieran entrar por el tejado o por la planta. No había en los pasillos ni uno solo de los miembros del comando, todo parecía desierto.

Pero no lo estaba.

En una dependencia de la cuarta planta, en efecto vigilados por seis hombres armados con metralletas, estaban los visitantes del edificio, todos ellos esposados de pies y manos y tendidos en el suelo; producían la impresión de un vagón de ganado. Todos los ojos se clavaron esperanzadamente en Veronique y Levi, que, impávidos, procedieron a contar a los prisioneros. Había siete u ocho mujeres entre éstos, pero debían haber sido bien aleccionadas sobre la visita, porque ni siquiera se oyó un gemido, un suspiro. Todas aquellas personas, simplemente, estaban aterradas, pese a que no parecía que hubieran sufrido mal alguno.

Sin haber pronunciado una sola palabra, Levi y Veronique miraron a Kopp y asintieron. Salieron de aquella dependencia, y pasaron a la que contenía a los treinta y tantos policías de otros países. También estaban esposados de pies y manos, y yacían en el suelo, asimismo vigilados por seis hombres con metralletas. Tres de aquellos hombres estaban heridos, pero no gravemente. No morirían por aquello. Fueron contados en silencio, observados esta vez por ojos escrutadores que manifestaron cierta esperanza.

En la planta quinta estaban los empleados técnicos, que asimismo fueron contados en silencio. Hacía calor, pero todas las ventanas estaban cerradas, y precisamente era junto a ellas donde permanecían los guardianes. Nadie decía nada, era una sensación extraña, inquietante, la que se tenía al ver a tantas personas sumidas en total silencio. En la frente de Veronique habían aparecido unas finas gotitas de sudor.

Cuando, finalmente, salieron al pasillo, ella y Levi cambiaron una mirada, y asintieron: ambos habían contado doscientas noventa

y seis personas vivas, inmersas en aquel olor a transpiración consumida. Pero eso era todo lo malo que les estaba ocurriendo.

—¿Salen sus cuentas? —preguntó amablemente Kopp.

—Sí —asintió Veronique—. ¿Por qué han apagado la refrigeración?

—Eso no es cuenta suya, señorita Pantet.

—Esas personas están amontonadas en habitaciones donde normalmente solo cabría, y no muy bien, una tercera parte. Pueden tener problemas de salud con este calor.

—Es el mismo problema que tenemos mis hombres y yo —replicó Kopp.

—Está bien. ¿Podemos marcharnos?

Johannes Kopp sonrió.

—¿Qué pasaría si dijera que no? —se interesó.

—Tendría usted otros dos rehenes. ¿Cree que vale la pena eso a cambio de las consecuencias?

—Ustedes dos no me gustan —dijo Kopp, muy despacio, mirando de una a otro—. Sobre todo, no me gusta él. ¿Por qué no habla?

—Si lo desea puedo decirle algo —habló Levi.

—Diga lo que sea.

—Usted está loco si cree que podrán escapar, a la larga.

Un destello de diabólica diversión pasó por los ojos de Kopp, que retuvo una sonrisa en sus delgados labios.

—¿Me está amenazando? —preguntó.

—No sea absurdo. Usted tiene que haber comprendido lo descabellado de todo esto, Kopp.

—Señor Kopp —corrigió éste—. Y si le parece que todo esto es descabellado espere a ver el final, cuando todos ustedes se queden con mil palmos de narices. ¿Creen que no he previsto la retirada a la perfección?

—No saldrá bien —movió la cabeza Levi—. A la larga no saldrá bien para usted. Le iría mejor haciendo un trato diferente con...

—Lléváoslo —dijo secamente Kopp.

Ni Levi ni Veronique intentaron porfiar más. Sabían que no valía la pena, y en modo alguno deseaban irritar a Johannes Kopp, que les volvió despectivamente la, espalda. Tres minutos más tarde, los dos espías salían del edificio.

Sus imágenes aparecieron en las pantallas de los receptores que mostraban el edificio, y Maurice Ransis soltó un fuerte suspiro de alivio.

—Ahí salen —jadeó.

Un poco más allá, Hans Erich Fawer, que estaba contemplando las imágenes de otro receptor, miró brevemente, vio a Veronique y a Levi, y volvió a dedicar su atención al receptor ante el cual se hallaba. Había bastantes personajes del SDECE en la sala, y hubo en todos ellos como una callada expresión de alivio. Maurice Ransis llamó por teléfono, y dijo, simplemente:

—Han salido, todo ha ido bien.

Y colgó, regresando inmediatamente su atención a Veronique y Levi. Por su parte, H.

E. Fawer

parecía haberse desentendido de sus dos colegas por completo, y seguía mirando fijamente uno de los receptores que recogían imágenes del exterior de los círculos, mostrando la gran masa de público. Su mirada parecía paralizada, fija en un punto del receptor.

Cuando, quince minutos más tarde, Veronique y Levi Linder llegaron a la sede del SDECE, fueron recibidos en un gran despacho, donde, por espacio de veinte minutos, estuvieron dando explicaciones a Maurice Ransis y a los demás personajes, hasta que la señorita Pantet, evidentemente fastidiada, dijo:

—Señores, por mucho más que hablemos no podremos decir nada diferente. Todo es así de simple: los rehenes están bien, y no podemos aportar ninguna información más, nada nuevo que sirva de algo para cambiar la situación. Por favor, ya es suficiente.

Ransis intervino inmediatamente apoyando la postura de Veronique, ganándose con ello una divertida mirada de Levi Linder. El gran grupo se disgregó en dos. Por una parte, Ransis y los tres espías, y por la otra el resto de personas que debían presentar informes en diversos organismos y colaborar en la toma final de decisiones. Aunque, al parecer, si se pretendía recuperar con vida a los rehenes sólo había una solución: ceder a las exigencias de Kopp..., dejando aparte que sus planes de retirada total fuesen o no fuesen realmente eficaces. Eso era otra cuestión.

En el despachito de Ransis, éste se dejó caer en el sillón tras la mesa, y suspiró fuertemente. Veronique miró a Fawer, y le sonrió.

—¿De verdad no está incomodado, *herr* Fawer?

—No, en absoluto. Nada se habría ganado con mi presencia.

—Seis ojos ven más que cuatro.

—Para lo que había por ver... No creo que ustedes hayan conseguido nada positivo en ese edificio. Salvo asegurarse de que por el momento los rehenes están bien, que no es poco, ciertamente. Nos veremos mañana, supongo.

Ransis hizo un gesto de desánimo. Pero Veronique y Levi se quedaron mirando fijamente al alemán.

—¿Se marcha usted? —murmuró la rubia.

—Salvo que me necesiten para algo.

—¿Para qué podríamos necesitarlo? —exclamó Ransis—. ¡No podemos hacer nada ninguno de nosotros!

—Lamentablemente, así es. Bien, hasta mañana entonces.

H. E. Fawer abandonó el despacho, como aburrido. Veronique y Levi cambiaron una mirada, y el israelita preguntó:

—¿Ha estado aquí Fawer todo el tiempo?

—Desde luego —se sorprendió Ransis.

—¿Qué ha estado haciendo? —intervino Veronique.

—Lo mismo que todos: mirando el edificio en los receptores... Bueno, también ha estado mirando otros receptores.

—¿Cuáles?

—Bueno, varios... Preferentemente los del círculo exterior, creo.

—¿Ha comentado algo? —Tomó de nuevo la palabra Levi.

—No, nada.

—Es hora de que me devuelva mis cosas —dijo Levi, acercándose a la mesa.

—¿La pistola también?

—Todo. Vamos, de prisa.

Ransis se desconcertó, pero abrió un cajón de su mesa y sacó una bolsa de sólido papel, dentro de la cual estaban las cosas que Levi no había podido llevar al visitar el edificio de la Interpol. El israelita la rasgó, sacó la ligera funda axilar y se la puso rápidamente, apresurándose asimismo a guardar el resto en los bolsillos.

Por su parte, Veronique había abierto un armario del que había

sacado el maletín que horas antes llamara la atención de Levi. Puso éste sobre la mesa, lo abrió, y miró al israelita, tendiéndole un paquete de cigarrillos de la marca Galois.

—No podemos ir juntos —murmuró—. Utilizaremos la radio. No llame por la suya a sus compañeros, Levi: seríamos demasiados.

—De acuerdo —asintió Levi—. Hasta luego.

Salió airadamente del despacho. Ransis estaba mirando expectante a Veronique Pantet, que cerró el maletín, lo asió, y se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—Fawer ha visto algo. Vamos a ver de qué se trata.

* * *

Hans Erich Fawer no pudo creer en su suerte cuando todavía llegó a tiempo de alcanzar al hombrecillo prácticamente en el mismo lugar donde lo había visto antes por medio del receptor de televisión, mezclado entre el resto de curiosos. Mirando por encima de éstos aprovechando su elevada estatura, el alemán veía los ralos cabellos del hombrecillo, manteniendo una distancia que le pareció la adecuada.

Muy poco después, el hombrecillo comenzó a retroceder, abriéndose paso entre la gente. Salió del círculo, y se alejó sin prisas. H. E. Fawer le concedió una ventaja que también consideró adecuada, y partió tras él.

«De modo que intervienes en esto, viejo Mahler..., pensó».

Aunque podría estar equivocado. Quizá Karl Mahler estuviera allí por simple casualidad. Todo podía suceder en la vida. O casi todo. Pero la verdad era que Hans Erich Fawer no creía en aquella casualidad.

Durante un par de minutos estuvo temiendo que Karl Mahler tomara un taxi o fuese recogido por un automóvil, en cuyo caso, al tomar él otro taxi la persecución podría ser demasiado evidente. Pero esto no parecía que fuese a suceder. Mahler seguía caminando, sin prisas. Fawer le llevaba la cabeza, y en cuanto a corpulencia se la doblaba. De todos modos ésta era una cuestión que una simple pistola podía resolver a favor del hombrecillo llamado Karl Mahler, que ciertamente no era un ser inofensivo.

Tardaron quince minutos en llegar al destino de Mahler. Éste se

metió en un portal, y Fawer apretó el paso. Cuando entró en el mismo portal todavía pudo oír el arrastrado caminar de Mahler subiendo las escaleras. Subió silenciosamente tras él, hasta que le oyó detenerse. Luego, oyó el golpe de una puerta al cerrarse. Fawer terminó de subir hasta el piso al que había llegado Mahler. Había allí sólo dos puertas, y supo cuál era la que había oído cerrarse.

Se colocó ante ella, y aplicó un oído a la madera. Dentro no se oía nada.

El veterano espía se irguió, y quedó dubitativo. La posibilidad de engañar a Mahler llamando a la puerta y anunciándose como alguien desconocido que podía equivocarse de piso, o pretextando ser un vendedor, o cualquier otro truco le pareció muy remota. Mahler no era tonto en absoluto. Así que podía hacer dos cosas: Una esperar a que saliera, lo que podía suceder el día siguiente; demasiado tiempo perdido. Dos, hacer las cosas directamente.

Así que el alemán llamó a la puerta.

—¿Quién es? —Oyó a los pocos segundos, en francés.

—Hans Erich Fawer.

Oyó perfectamente el fuerte respingo, y sonrió prietamente. La puerta no se abría. Llamó de nuevo.

—Mahler, estoy solo —dijo—. Hablemos.

La puerta se abrió. Por el quicio apareció parte del delgado y arrugado rostro de Karl Mahler, y sus pequeños ojos miraron el descansillo. Abrió completamente la puerta, de mala gana. En su rostro se evidenciaba una expresión poco menos que rayana en el terror.

Fawer empujó la puerta, entró, y la cerró, dejando a Mahler a un lado. Abrió la boca para decir algo, y entonces vio la pistola en la mano izquierda del hombrecillo, provista de silenciador.

—Mahler, no sea...

Plop, plop, disparó Karl Mahler.

Fawer había visto en sus ojos la decisión irrevocable de disparar, y comenzaba a saltar ya intentando alejarse de las balas, pero las dos le alcanzaron, le hicieron girar fuertemente, y lo abatieron de bruces en el suelo de frío mosaico, donde quedó inmóvil. Karl Mahler abrió la puerta, salió disparado, y a mitad del descansillo se detuvo en seco, volvió la cabeza, y reflexionó rápidamente.

Volvió sobre sus pasos, entró en el apartamento, miró al inmóvil

Fawer, y ajustó la puerta. Su mirada se desplazó hacia el teléfono, colocado sobre una mesita baja en el recibidor-salita. Se dirigió hacia el aparato, descolgó el auricular, y comenzó a marcar con gestos nerviosos. De pronto dejó de hacerlo, y volvió la cabeza hacia la puerta, que comenzaba a abrirse lenta y silenciosamente. Mahler lanzó una exclamación, dejó caer el auricular, y echó a correr hacia el fondo del apartamento..., mientras la puerta terminaba de abrirse rápidamente, y una voz femenina llegaba desde allí:

—¡Deténgase!

Mahler estaba ya en la boca del pasillo, por el que se lanzó a todo correr. Oyó tras él ahora una voz de hombre, y acto seguido unos sólidos pasos en su persecución. Llegó a la cocina, corrió hacia la ventana, que estaba abierta, y pasó una pierna por el alféizar, mientras se guardaba precipitadamente la pistola y miraba hacia la gruesa cañería que se deslizaba pegada a la fachada posterior del edificio.

Estaba ya a punto de abandonar la ventana para emprender el intento de descender por la cañería, cuando el hombre apareció en la puerta de la cocina, se detuvo en seco, y le apuntó con su pistola.

—¡Quédese donde está! —ordenó.

Karl Mahler era un zorro y un criminal, pero ya estaba viejo para filigranas, así que lo que intentó fue sencillamente imposible: quiso salir y al mismo tiempo sacar su pistola para disparar contra el desconocido en cuanto éste asomara la cabeza por la ventana de la cocina.

Lo único que consiguió fue salir. Y no como habría querido. Terminó de sacar la pistola con la derecha, la izquierda se asió a la cañería, y acto seguido resbaló. Mahler gritó, dejó caer la pistola, y disparó la mano derecha hacia la cañería, para sujetarse... Fallido el intento, gritó cuando se vio en el aire, manoteando... Y estuvo gritando sordamente mientras su cuerpo se precipitaba hacia el patio interior.

Desde la ventana, Levi Linder le vio terminar de caer, aplastarse contra el cemento, rebotar, y quedar inmóvil. Sin vacilar ni un instante el israelita tomó la ruta que había intentado Mahler, y él sí la consiguió. Llegó abajo, se colocó junto al hombrecillo, y miró hacia arriba, esperando ver gente asomada a las ventanas. Para su

asombro no apareció nadie. Todavía esperó quince o veinte segundos, sin que nada sucediera. No poco satisfecho por esto, Levi se arrodilló junto a Mahler. Tenía el cuello roto.

Arriba, en el apartamento, Veronique Pantet había colocado a Fawer cuidadosamente boca arriba, y estaba examinando las heridas del alemán, una en el hombro derecho y otra en el mismo lado del pecho. Hans Erich Fawer había abierto los ojos y miraba con expresión apagada a la rubia.

—Ése..., ese viejo zorro me... me engañó... —jadeó el alemán—. Debí darse cuenta de que le seguía, y me... me tendió la trampa...

—¿Quién es? —preguntó Veronique, también en alemán.

—Se llama... Karl Mahler, y es... es un ex oficial de... de la Gestapo... Era muy joven entonces, pero ya... ya le gustaba... matar judíos, y...

—Está bien, Fawer, ya es suficiente. No hable más.

—Tengan..., tengan cuidado con él, es... es un criminal que desde hace años..., desde hace años estamos..., estamos persiguiendo... Tengan mucho cuid...

Fawer emitió un suspiro entrecortado, y su cabeza colgó blandamente hacia un lado. Veronique le puso las yemas de dos dedos en la carótida. Todavía estaba vivo.

CAPÍTULO V

Levi Linder apareció en la salita, portando las cosas de Mahler, cuando Veronique estaba taponando las heridas de H.

E. Fawer

con trozos de sábana. Las ropas del israelita estaban sucias y desordenadas por su contacto con las cañerías, que había utilizado no sólo para bajar, sino para subir.

—El sujeto ha muerto —dijo—. Se ha roto el cuello. Debía estar loco para intentar escapar de ese modo. Traigo sus cosas. ¿Qué tal Fawer?

—Quizá se salve. ¿Nadie se ha dado cuenta de nada?

—Parece ser que no.

Se miraron, desconcertados pero satisfechos. Levi dejó las cosas de Mahler sobre la mesita, junto al teléfono, y señaló éste.

—¿Llamo a Ransis?

—No por teléfono. Utilice mi radio.

—Es decir, que él nos ha estado oyendo todo el tiempo mientras usted y yo nos comunicábamos cuando nos relevábamos para seguir a Fawer.

—Claro —le miró ella—. ¿Le sorprende eso?

—No. Habrá que llevarse a Fawer de aquí. Al otro lo he escondido entre unas cajas, en el patio.

—Dígale a Ransis que tenemos en esta dirección un XR-8.

—Oh. ¿Y eso qué es?

—Vamos, Levi, déjese de tonterías.

—Tiene razón. Llamaré a *monsieur* Ransis. Ya me dirá luego en qué consiste ese XR 8.

El

XR-8

consistía en la retirada lo más discreta posible de un herido tras ser examinado por dos médicos que fueron los primeros en llegar, con toda naturalidad. Efectuaron una primera cura y nuevos taponamientos a Fawer, que seguía inconsciente, y, al parecer convencidos de que el transporte no le iba a perjudicar más en su estado, lo dejaron en manos de cuatro hombres que lo empaquetaron con dos mantas, cubriéndole incluso la cabeza, y lo bajaron con todo cuidado a la calle, donde esperaba una furgoneta de gran capacidad con las puertas abiertas, y en la que ya esperaban los dos médicos. Éstos y dos de los hombres se fueron con la furgoneta. Los otros dos subieron al apartamento de Mahler, cruzándose con algunos vecinos que, ya de regreso a sus domicilios, ahora sí querían saber qué ocurría, sin conseguirlo.

Arriba, Ransis estaba hablando con Veronique y Levi mientras examinaba las pertenencias de Karl Mahler. El pasaporte de éste, una buena falsificación, era francés, a nombre de René Lombier. Lo demás no valía la pena.

Y cuando Ransis miró a Veronique ésta movió la cabeza negativamente.

—Levi ha registrado el apartamento mientras yo cuidaba a Fawer: no hay nada aquí.

—Está el teléfono —dijo Levi—. Ese hombre iba a llamar cuando nosotros llegamos. Es decir, ya estaba llamando, marcando el número.

—¿Nos servirá eso de algo? —Gruñó Ransis.

—Podría ser. Pero habría que limpiar la zona, como si aquí no hubiera ocurrido nada.

—¿Cree que alguien vendrá al no recibir la llamada de Mahler?

—Sólo tenemos eso —encogió los hombros Levi—: lo tomamos o lo dejamos, *monsieur*. Yo lo tomaría.

—¿Veronique? —Miró a ésta Ransis.

—Yo también —asintió la rubia—. No tenemos nada más.

—Maldita sea..., —se lamentó Ransis—. ¡Si Fawer hubiera sido sincero con nosotros esto no habría ocurrido, y tendríamos vivo a

ese Mahler!

—Yo habría hecho lo mismo que Fawer —dijo suavemente Veronique—: lo dejamos fuera en la visita al edificio, y él nos dejó fuera en esto. O se forma un equipo o no se forma. ¡Y no hace falta que me digan que yo estuve conforme con dejar fuera a Fawer!

—Bueno, bueno, tranquila —sonrió Levi—. Las cosas están así, y hay que aceptarlas. Además, ni siquiera podemos estar seguros de que Mahler estuviera metido en esto.

—Ya les he dicho que fue oficial de la Gestapo. Y Fawer no es ningún tonto... así que me inclino a creer que hay muchas posibilidades de que acertase al fijarse en Mahler.

—Tiene nombre de músico —sonrió Levi.

—¿Qué demonios le hace tanta gracia? —exclamó Ransis.

—Oiga, usted es un espía de despacho, ¿no? —Frunció el ceño Levi—. Lo menos que puede hacer es comprender que los que nos jugamos el tipo nos divirtamos de cuando en cuando.

—Además, es verdad —casi rió Veronique—: tiene nombre de músico. Y de los buenos. ¿Entiendo que le gusta la música clásica, Levi?

—Por supuesto. Pero mi preferido no es Mahler.

—A mí me encanta Chopin y Beethoven, pero mi preferido de verdad es Rimsky Korsakof. Bueno, uno de mis dos preferidos: el otro es Tchaikowsky. ¿Cuál elegiría usted?

—Wagner —sentenció Levi—: hace más compañía.

—Yo quería decir entre Korsakof y Tchaikowsky.

—¿Y por qué tengo que elegir entre uno de esos dos, si a mí me gusta Wagner?

Ransis, que iba mirando de uno a otra con los ojos muy abiertos, soltó de pronto un gruñido, recogió las cosas de Karl Mahler, y se puso en pie, mirando a Veronique.

—Entonces... ¿limpiamos la zona? —preguntó.

—Sigamos con esta baza —asintió ella—; a ver qué pasa.

—Será mejor que pase algo —murmuró Maurice Ransis—, porque si no mañana al mediodía tendremos que decirles a Johannes Kopp que ya tenemos todo lo que ha pedido, y que dónde, cómo y cuándo se lo entregamos.

Levi Linder miró su reloj de pulsera, y dijo:

—Hasta el mediodía de mañana faltan diecisiete horas.

—Toda una eternidad para unos espías —dijo Veronique Pantet.

* * *

Llevaban más de dos horas esperando en el apartamento, en silencio y a oscuras, sentados cada uno en un viejo sillón cuando oyeron las pisadas de no menos de dos hombres en el pasillo, al otro lado de la puerta. Casi en seguida, sonó la llamada en ésta. Veronique y Levi se pusieron en pie, y se acercaron sigilosamente a la puerta, colocándose uno a cada lado, pistola en mano.

La llamada se repitió.

Luego, oyeron la voz masculina:

—¡Karl! ¡Karl...!

Otros segundos de silencio. Después, un sonido metálico, que se repitió en la cerradura. Estaban hurgando en ésta con una ganzúa improvisada. Los dos espías permanecían inmóviles.

La cerradura se desplazó, la puerta cedió, dejando una abertura por la que entró la luz del descansillo. Levi Linder retrocedió más hacia la sombra. La puerta terminó de abrirse, un hombre entró y encendió la luz... Se quedó mirando la pistola de Levi, que le apuntaba al rostro. Palideció en el acto, y eso fue todo.

El otro, que entraba tras él con toda normalidad, chocó con su espalda, gruñó algo, y, en el mismo instante en que se daba cuenta de la situación y respingaba, Veronique empujó al primero hacia Levi, y apareció ante el segundo, colocándole su pequeña pistola silenciosa ante la nariz..., mientras el primero recibía en plenos testículos el escalofriante patadón propinado por el israelita, y caía hecho un ovillo de cara al suelo.

—Pase —dijo Veronique, en alemán—. Con las manos en la cabeza.

El hombre parpadeó, todavía sobresaltado por la suerte corrida por su compañero, que ahora parecía desparramarse blandamente por el suelo, como una masa tierna, y quedaba cara al techo.

Veronique vio el súbito destello en sus ojos, y no esperó más, ni tuvo compasión alguna. Amagó un golpe con la pistola hacia la cabeza del hombre, y éste se la protegió con el brazo mientras metía la mano derecha bajo la axila del otro lado... La mano izquierda de Veronique, rígida como un trozo de acero, impactó con las puntas

de los dedos en la base del cuello del hombre, que brincó estremecido, saltó con los ojos en blanco, y cayó de espaldas en el descansillo, con sonoro golpetazo. Veronique salió, agarró al sujeto por el borde de una pernera del pantalón, y lo arrastró al interior del apartamento.

Levi cerró la puerta, la miró, sonrió, y dijo:

—Caramba.

—Un sencillo golpe de defensa personal —sonrió también Veronique.

—Ya. ¿Qué te parece si nos tuteamos?

—¡*Mon Dieu!* —exclamó graciosamente la rubia—. ¿Significa eso que ya me consideras con la suficiente categoría para tutear al gran Levi Linder?

—Estás ganando puntos rápidamente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Los dos sujetos se llamaban Otto Rundstein y Richard Meisser, ambos alemanes, según constaba en sus tarjetas de identificación, que parecían auténticas. Por lo demás, nada interesante, salvo las llaves de un coche.

—Demasiados alemanes —murmuró Levi—: Kopp, Mahler, Rundstein, Meisser. Cada vez me gusta menos esto. Creo que quieren los ficheros de los nombres judíos. Pero... ¿cómo demonios esperan sacarlos del edificio?

—Quizá por el mismo procedimiento que piensan utilizar para escapar —dijo Veronique.

—Jamás podrán escapar.

—Entonces quizá tampoco consigan jamás sacar esos ficheros.

Se quedaron mirándose. Levi entornó los párpados, y, de pronto, palideció.

—No piensan sacarlos... —jadeó—. ¡Están radiando los nombres! ¡Tienen su propia radio, y están radiando esos miles de nombres, con todos sus datos, actuales domicilios, todo...!

—Seguramente están obligando a personal de la Interpol a manejar para ellos esos ficheros y demás elementos técnicos. Cinco o seis empleados de la Interpol están haciendo eso, bajo amenaza de muerte.

—Pero... acabarán por matarlos. Cuando hayan terminado el trabajo los matarán, a ellos sí, para que nunca puedan decir lo que

hicieron. Y eso significaría que mientras todos nos quedábamos tranquilos creyendo que los nombres de esos miles de judíos habían permanecido secretos en los ficheros, todos estarían descubiertos... ¡y serían asesinados!

—¿Varios miles de asesinatos? —susurró Veronique.

—¿Por qué no? Hace cuarenta años cometieron *millones* de asesinatos. ¿Por qué no ahora unos cuantos miles?

—Demasiado laborioso..., aunque admisible. Vamos a atarlos para que no nos ocasionen molestias.

Cuando Otto Rundstein y Richard Meisser se recuperaron, estaban atados de pies y manos, ambos tendidos en el suelo. De pie junto a ellos vieron a Veronique y a Levi. La rubia, simplemente, los miraba. Levi estaba fumando un cigarrillo. Se acucilló cerca de Meisser, chupó con fuerza del cigarrillo, y luego sopló en la brasa. Miró a Meisser, que se pasó la lengua por los labios.

—¿Dónde está Mahler? —preguntó.

—Ha muerto. Se desnucó al querer escapar como un gato. Pero ya era demasiado viejo para esas cosas. Permítanme que me presente: Levi Linder, del Mossad.

Meisser y Rundstein palidecieron intensamente. Levi sonrió, mostrando los dientes, sin embargo, como lo haría un lobo presto a lanzar la dentellada.

—Lo del cigarrillo es lo de menos —dijo, acercando la brasa al rostro de Meisser—. Sólo serviría para empezar. Y tenemos mucho tiempo por delante. Por lo menos, diecisiete horas. ¿Entendido?

—Tal vez nos estemos equivocando... —dijo suavemente Veronique—. Podría ser que ellos no tuvieran nada que ver con Johannes Kopp y su comando.

Levi vio la expresión de Meisser, miró de reojo a Rundstein, y luego directamente a Veronique, sonriendo.

—Con un par de frases tuyas y la reacción de nuestros dos invitados ya sabemos que sí tienen algo que ver con Kopp. Buen comienzo, cariño... ¿Te molesta que te llame cariño?

—Déjame pensarlo.

—¿Un minuto?

—Bueno, un minuto.

Veronique se sentó en un sillón, estuvo pensativa un minuto, y luego dijo:

—De acuerdo, puedes llamarme cariño. Pero... ¿cómo te llamo yo a ti?

—Pues no sé... A mí tampoco me molestaría que me llamaras cariño.

—Eso me parece justo, cariño.

—Gracias, cariño. Y ya puestas las cosas en estos términos..., ¿te parecería mal que te besara?

—Oh, claro que no, cariño.

Levi Linder se acercó a Veronique Pantet, se inclinó sobre ella, y la besó en la boca, breve y suavemente. Se irguió, reflexionó, y dijo:

—Caramba. ¿Y si...?

—Cariño —sonrió angelicalmente Veronique—, te estás olvidando de nuestros invitados.

—Es cierto. ¿Me disculpas unos segundos, cariño?

—No faltaba más, cariño.

Levi volvió a acucillarse ante Meisser, que estaba aterrado, sintiendo oleadas de frío en todo el cuerpo. Lo mismo que Rundstein, había comprendido la verdad de lo que los dos cariñosos espías podían hacer con ellos en unos pocos segundos y sin compasión alguna. Podían besarse entre ellos y podían arrancarles los ojos, y la piel a tiras, sin dejar de sonreírse mutuamente.

—Veníamos a ver qué le había ocurrido a Karl —jadeó Meisser—. Tenía que habernos llamado a las seis, y no lo hizo. Estuvimos esperando, y al no recibir la llamada le telefoneamos nosotros, pero como el teléfono no contestaba a la señal, decidimos venir.

—Es que nosotros cortamos el hilo del teléfono —explicó amablemente Levi Linder—, precisamente para ver si alguien venía a ver qué pasaba. Y aquí estáis vosotros. Bien, ¿qué tenía que decirnos Karl Mahler?

—Pasar su información periódica de cada tres horas sobre los cercos que han dispuesto las autoridades francesas, y un informe general sobre la situación en el propio terreno y los comentarios de la gente. Tenía que ir de un lado a otro enterándose de eso.

—Muy bien. Mahler os pasaba esos informes. ¿El solo o hay más?

—El solo. No queríamos tener mucho personal por ahí.

—Eso me parece lógico. Mahler os pasaba esa información a vosotros, que permanecíais alejados del lugar. Bien. ¿A quién le

pasabais vosotros la información?

—No lo sabemos. Karl nos había facilitado una radio, y debíamos llamar por ella si así nos lo indicaba, mencionando un número, que él mismo nos habría dicho.

—¿Un número? ¿Un número clave?

—Sí.

—¿Cómo funcionan?

—Hay varios números, todos de tres cifras, distribuidos por grupos. Los grupos que empiezan por cero indican que todo está normal conforme a lo previsto. Los que empiezan por uno indican precaución, los que empiezan por dos, alerta, y los que empiezan por tres, peligro. Todos siempre en diversos grados. Por ejemplo, el 399 indicaría peligro máximo y evacuación de la base. El 001 que todo va perfectamente... No sabemos con exactitud todos los grados.

—¿Dónde está la base?

—No tenemos ni idea.

—Me parece que no voy a creerlos. Mahler sabía perfectamente utilizar una radio, así que ¿para qué os necesitaba a vosotros?

—El no quería tener la radio aquí, pues temía ser reconocido, y si le cazaban la radio sería demasiado comprometedor. En cambio, sin radio, siempre podría decir que no estaba haciendo nada en París, simplemente escondiéndose.

—Pero podía llamar por teléfono a la base.

—Eso está terminantemente prohibido.

—¿Pero sabéis el número telefónico de la base?

—Nosotros no. Mahler sí lo sabía. Escuche, no sabemos nada más de lo que hemos dicho... ¡Se lo juro!

Levi Linder sonrió de nuevo como un lobo.

—¿Me lo juras? ¿Por tu puta madre?

Meisser palideció de nuevo, y no contestó. Veronique, que había escuchado muy tranquila y como aburrida, dijo de pronto:

—Tal vez podríamos localizar la emisora de la base utilizando la de estos amigos, pero antes tendríamos que saber qué grado de alarma ha podido producirse allí al no recibir el informe de cada tres horas de Karl Mahler. Me imagino que ustedes avisaron de que Mahler no les había llamado, y que venían a buscarlo.

—No... no. Nosotros sólo tenemos que llamar cada doce horas, a

menos que se produzca un uno, un dos o un tres, y entonces es Mahler quien lo decide..., lo decidía. Si todo son ceros, sólo llamamos cada doce horas.

—¿A qué horas?

—A las diez de la noche y a las diez de la mañana.

Veronique miró su reloj. Eran las nueve y treinta y cinco minutos.

—¿Dónde tenéis la radio?

—En un viejo taller de aparatos electrodomésticos y electrónicos de la Rué de Lourmel.

—¿Y qué pasará si vosotros no llamáis a las diez? —preguntó Levi.

—Nos llamarán a nosotros.

Levi y Veronique cambiaron una mirada. Luego, los dos se quedaron mirando especulativamente a Rundstein y Meisser. Fue Veronique la que habló:

—Nos inclinamos a creer que habéis sido aceptablemente sinceros, y eso puede beneficiaros. Decís que no sabéis más de lo que habéis dicho, lo que significa que desconocéis los planes definitivos de Kopp. ¿Es así?

—Sí... ¡Sí!

—Bien. Levi y yo formaremos un grupo aparte en este asunto. Quiero decir que tenemos libertad de acción, independencia absoluta, y carta blanca para tomar cualquier decisión. Si os matamos, nadie rechistará. Pero preferimos hacer un trato: vuestras vidas a cambio de que a las diez llaméis por la radio de ese taller como si nada estuviese ocurriendo, como si Mahler os hubiera llamado la última vez, a la hora convenida, para deciros que todo estaba en situación cero. Un 003, por ejemplo. ¿Estaría bien así? ¿Lo creerían?

—Claro.

—¿Y qué os parece mi idea?

—Eso no nos servirá de nada a nosotros —dijo Levi—. Con esa llamada no podremos localizar dónde está el receptor de la base.

—No —aceptó Veronique—, pero dispondremos de doce horas para buscarlo.

—No podremos localizar ese receptor si no está emitiendo y recibiendo.

—De momento, no. Pero sí se puede intentar a las diez de la mañana, cuando ellos vuelvan a llamar. Tenemos a nuestra disposición todos los recursos técnicos del SDECE. Ransis puede organizar una red de rastreadores de radio en una zona que cubra cincuenta kilómetros alrededor de París. No creo que esa base esté más lejos.

—¿Por qué no? Puede estar incluso en Inglaterra.

—No. Unos preparativos de fuga para Kopp no pueden partir de tan lejos. Han de estar más cerca, cariño. Lo suficientemente cerca para que todo pueda realizarse en cuestión de minutos. Deben tener más hombres, y material... No pueden estar demasiado lejos.

Levi Linder estuvo reflexionando unos segundos, y por fin sonrió.

—¿Puedo llamarte amor mío? —preguntó.

—A estas alturas me parece que sí —sonrió también Veronique—. Pero eso ya es más serio, porque cariño se le puede llamar a cualquiera, pero amor mío no. Creo que no debemos desorbitar las cosas.

—No estoy desorbitando las cosas: simplemente, me he enamorado de ti. Esto complica las cosas, ¿verdad?

—Bastante. Es que no me gusta mucho lo que los israelitas estáis haciendo en el Líbano, ¿sabes, cariño?

—Ya veo que no he sido muy bien acogido en Francia —gruñó Levi—. Pero te lo diré de este modo: yo no estoy en el Líbano matando a nadie, yo estoy en París luchando, según parece, para salvar miles de vidas a la larga, y trescientas vidas de modo inmediato. Y aunque te estoy permitiendo no pocas iniciativas y concediéndote no poca beligerancia, ya veremos quién será el que llegado el momento de la verdad tendrá más agallas y se la jugará sin límites. ¿Me he explicado?

Veronique Pantet parpadeó. Luego, miró a los dos prisioneros.

—Muy bien —murmuró—. ¿Qué hay de ese trato?

CAPÍTULO VI

A las ocho de la mañana Veronique y Levi salían de la clínica donde había sido internado e intervenido Hans Erich Fawer para extraerle las balas. La operación había sido un éxito, y todo hacía suponer que el espía alemán seguiría viviendo.

A las ocho y veinte llegaban al taller donde estaba la radio por la que Meisser y Rundstein habían emitido un 003 a las diez de la noche. Los dos prisioneros seguían allí, esperando el momento de radiar el nuevo comunicado. Con ellos había cinco agentes del SDECE, uno de los cuales atendía otra emisora, y Maurice Ransis, que coordinaría el movimiento de todos los elementos del espionaje y contraespionaje francés que buscarían con equipos de gran precisión la radio con la que, a las diez de la mañana, se comunicarían de nuevo Rundstein y Meisser.

Éstos tenían ya instrucciones para obligar a quienes manejaban el otro aparato a tenerlo bastante tiempo en funcionamiento, simulando que no captaban bien la onda, repitiendo la llamada, y algunas argucias más en las que estaban muy bien asesorados por el personal del SDECE.

—... Pero —terminó Ransis la explicación— es posible que se den cuenta de que está ocurriendo algo, en cuyo caso cerrarán la radio, y ya será imposible encontrarla.

—Con otro riesgo —asintió Levi—: que esa gente no dispone sólo de una radio, sino como mínimo de dos, con una de las cuales se están comunicando permanentemente con Kopp. Y si se enfadan, pueden ordenarle a Kopp que cometa alguna barbaridad en el edificio, para escarmentarnos.

—Si se produce esa clase de dificultad —dijo Veronique—, tengo algo para el señor Kopp que le hará comprender la conveniencia de

no hacerme enfadar.

—¿De veras? —La miró vivamente Levi—. ¡Hemos pasado la noche juntos y no me has dicho nada de eso!

—¿Qué quiere decir que han pasado la noche juntos? —saltó Ransis.

—Que hemos dormido en mi apartamento —aclaró Veronique.

—Bueno, pero... lo que ha dicho el señor Linder... implica que...

—Ha sido delicioso —guiñó un ojo Levi.

—Absolutamente —sonrió Veronique—. Hemos dormido de un modo delicioso, Maurice.

—Dormido... y algo más —insistió Levi.

—Sí —admitió Veronique, señalando a Levi—: él ha roncado.

—Yo no ronco —gruñó el israelita.

—Vaya que sí, cariño.

—Cariño, ¡no digas que ronco!

—¿Acaso puedes saberlo tú mejor que yo, cariño?

—¡Nunca he roncado!

Maurice Ransis iba mirando de uno a otra estupefacto. Un poco más allá, Meisser y Rundstein, con más experiencia en esto, contemplaban hoscamente a los dos espías. En aquel momento se produjo una llamada en la radio instalada en el taller por el SDECE, y Ransis decidió concederle la atención que merecía. Durante diez minutos estuvo recibiendo informes y pasando instrucciones complementarias. Cuando terminó, suspiró y dijo:

—Si con esto no localizamos esa maldita radio... ¿De qué estábamos hablando?

—De la noche que hemos pasado juntos Veronique y yo —dijo Levi.

—Ah, sí... ¡No! De lo de Kopp... —Ransis miró a Veronique—. ¿Por qué Kopp tendrá que comprender la conveniencia de no hacerla enfadar a usted?

—Porque le tengo preparada una sucia jugarreta, si se porta mal.

—¿Qué jugada?

—Me las arreglaré para hacer llegar a sus hombres el mensaje de que desde el primer momento, los planes de Kopp y de su jefe o jefes no han incluido la retirada de todos ellos, sino solamente la de Johannes Kopp.

Maurice Ransis quedó con la boca abierta. Levi Linder dijo:

—Me lo estaba temiendo. Y además, posiblemente es verdad. Kopp habrá radiado ya toda cuanta información habrá querido procedente de los archivos de la Interpol, de modo que no tendrá que llevárselos. No tendrán que llevarse nada, simplemente escapar. Y cuarenta hombres son demasiados para retirarlos satisfactoriamente en esas circunstancias. De modo que posiblemente sea cierto que sólo tenga prevista la retirada de Kopp.

—Dios mío —Ransis se pasó una mano por la frente—. Pero... ¿qué haría entonces los hombres de Kopp, allá encerrados y sabiendo o creyendo que nunca iban a ser evacuados? ¡Se volverían locos!

—Una buena oferta para ellos sería suficiente para colocar a nuestro gigantesco *herr* Kopp en una situación verdaderamente apurada. Pero no adelantemos los acontecimientos. Veamos qué ocurre a las diez.

A las diez, Meisser utilizó la radio pasando un 004, arreglándoselas bastante bien para alargar el contacto. Cuando terminó estaba sudando de angustia. Junto a él, Ransis, Veronique y Levi permanecían silenciosos y serios. Por fin, Ransis murmuró:

—No creo que hayan notado nada inquietante... ¡No lo creo!

Nadie comentó nada más. Ransis acudió a colocarse ante la radio del SDECE. Si todo había ido bien, en aquel momento varios coches con localizadores debían estar intercambiando coordenadas, y en cuestión de minutos llamarían al taller.

La espera sólo duró seis minutos. El operador atendió la llamada, escuchó, asintió, cerró, y se quitó los auriculares.

—La zona de Tournan-on-Brie. No la han localizado con exactitud, pero aseguran que esa radio está en un círculo de dos kilómetros como máximo alrededor de Tournan-on-Brie. Han iniciado la segunda fase.

—¿A qué distancia está eso? —preguntó Levi.

—Desde el centro de París a unos cuarenta kilómetros. Pero no llegarán allá en menos de una hora, se lo aseguro.

—Así les daremos tiempo para la segunda fase —dijo Veronique.

Ella y Levi abandonaron el taller, y en seguida partieron en el coche de la rubia. La segunda fase consistía en acumular todos los hombres en la zona localizada, y desmenuzarla, en busca de un

lugar donde pudiera haber una cierta cantidad de hombres instalados discretamente. Todas las casas y granjas alrededor de Tournan-on-Brie serían analizadas, y desdeñadas las que estuviesen ocupadas por familias normales y corrientes, interesándose únicamente por las que de un modo u otro estuvieran en una situación anómala.

A las once menos cinco minutos de una bochornosa mañana estival, Levi Linder y Veronique Pantet confluían en un cruce de caminos con otros tres coches, que se detuvieron. Un hombre se apeó de uno de ellos, y se acercó al de Veronique que, asomándose por la ventanilla.

—Los tenemos —dijo—. Están en una villa a menos de quinientos metros de aquí. Tienen que ser ellos. Estamos investigando a quién pertenece la villa. No creo que nos equivoquemos: es el único sitio donde podría haber un grupo de hombres con radio, armas y cosas así. Hay dos más, pero son demasiado pequeñas, y una de ellas, además, parece deshabitada. Tiene que ser ésa.

—¿Han visto algo, alguien? —preguntó Veronique.

—Nada en absoluto, excepto dos automóviles.

—Llamen a Ransis y díganle que se comuniquen con los negociadores oficiales que atienden a Kopp —murmuró Levi—. Que les diga que cuando Kopp se comuniquen con ellos acepten sus condiciones de pago, modo de entrega y todo lo demás. Pero que no se muestren demasiado complacientes, que discutan un poco. Tenemos que ganar unas cuantas horas más.

—De acuerdo.

—Vamos a ver esa villa —dijo Veronique.

El agente del SDECE regresó a su coche, y partieron todos en dirección a la villa. Se detuvieron a unos cien metros, el hombre volvió a apearse, y también lo hicieron Veronique y Levi. El agente del SDECE les tendió unos prismáticos, que tomó Veronique, enfocándolos en seguida hacia la villa. Grande, rodeada de algunos pinos y arbustos, de fachada oscura, tejado verdeante por el moho de las lluvias. Había toldos de color crema en las ventanas y en la terraza. No se veía a nadie, pero sí dos automóviles, en efecto. Veronique entregó los prismáticos a Levi, que apenas miró susurró:

—No me gusta nada. Está en terreno despejado, y verán en el

acto a cualquiera que se acerque a la casa. Lo que significa que si temen algo se apresurarán a ponerse en contacto con Kopp como primera medida... Y pueden darle órdenes verdaderamente desastrosas. Así que lo primero que habría que hacer es destruir esa radio, o apoderarse de ella.

—¿Tienes alguna idea al respecto? —preguntó Veronique.

—No. De día, no. Si fuese de noche se podría intentar una incursión con pocos hombres bien preparados para intentar destruir la radio, pero de día, ahora, a pleno sol, verían hasta una lagartija.

—Podemos reunir más de cien hombres —dijo el agente del SDECE—. Quizá eso les asustaría.

—No más de lo que nos asusta a nosotros la posibilidad de que tengan tiempo de ordenar a Kopp que empiece a matar a esas trescientas personas —dijo Veronique—. El ataque directo y en masa está completamente descartado. ¿Levi?

—Por completo de acuerdo contigo, cariño.

—Pero algo tenemos que hacer —insistió el del SDECE.

—Sí, pero no en grupo, ni mucho menos acercándonos en plan agresivo. Yo lo haré.

—¿Harás... qué? —Gruñó Levi.

—Ir a esa villa. Puedo perfectamente simular que soy una chica inglesa de turismo en Francia con un coche alquilado, que me dirijo a casa de unos amigos franceses, y que me he extraviado.

—Eso es una locura —exclamó el hombre del SDECE.

—Y además —inquirió Levi—, ¿qué conseguirás con ello?

—Si los engaño los primeros minutos tal vez pueda llegar a la radio y destruirla.

—¡Sacré...! —gimió el del SDECE.

Levi se mostró no poco cáustico.

—Sí, tal vez consiguieras destruir la radio. Pero... ¿y después? ¿Qué harías después? Te harían pedazos, cariño.

—Quizá pudiera convencerlos de que les iba a ir mejor dialogando que enfrentándose a más de cien hombres del SDECE y a un temible espía israelita —sonrió Veronique.

—Dejémonos de tonterías —farfulló Levi Linder—. Ese plan es descabellado absolutamente. Te matarían.

—Pero si ya había destruido la radio...

—¡Que no! Maldita sea, ¿estás realmente loca? ¡No harás eso...!

De pronto calló, y se quedó mirando fijamente a los ojos a Veronique, que sonreía enigmáticamente.

—Sigue, cariño —insistió ella.

—¿De modo que es eso? Has querido ponerme a prueba para ver hasta dónde podría llegar en mi afán de impedir que esas listas de judíos salgan de esa casa, aunque fuese sacrificándote a ti... o a quien fuese. Has querido ver hasta dónde estoy dispuesto a llegar para conseguir lo que el Mossad quiere... ¿No es eso?

El hombre del SDECE, que primero parecía no entender, sintió un escalofrío, y miró con ojos muy abiertos a Veronique Pantet, que ahora sonreía ampliamente.

—Levi —dijo—, eres un buen espía. Has acertado en parte. Pero dime qué otra cosa podemos hacer, en primera instancia, aparte de lo que yo he dicho.

—Podemos hacer algo parecido —murmuró el israelita—: ir los dos.

—Una chica rubia que dice ser inglesa puede ser verdad.

Esa misma chica, acompañada de un hombre como tú, despertará sospechas en el acto y sin la menor duda. ¿Crees acaso que Kopp no habrá informado de nuestra visita al edificio, y que nos habrá descrito y dado nuestros nombres?

—No irás sola a esa casa —dijo terminantemente Levi—. O vamos los dos, o atacamos todos a la vez.

Veronique Pantet volvió a mirar hacia la casa con los prismáticos.

Por fin, suspiró, y dijo:

—Me parece que no tenemos alternativa: tú ganas, cariño.

* * *

Desde dentro de la villa, uno de los hombres que vigilaban aburridamente por las ventanas vio aparecer por el camino el Peugeot 504, y tan sólo tres segundos después comprendió que el automóvil se dirigía hacia la casa, que no estaba de pasada. En otra ventana, otro hombre también vio el coche, y los dos se miraron. No dijeron nada. Volvieron a mirar el coche, que se detuvo frente a la villa. Acto seguido un hombre y una mujer se apearon, y miraron como indecisos hacia la casa.

—Avisa a los demás —murmuró el primero—. Yo voy a ver qué quieren.

—¿Aviso a Saúl?

—Todavía no. No tenemos por qué sobresaltarlo.

Se dirigió hacia la puerta, y salió. El otro se dirigió hacia el interior de la casa, de donde regresó rápidamente acompañado de varios hombres, todos ellos con pistola bajo la axila izquierda. Se movían en silencio, con firme determinación. Se distribuyeron por el vestíbulo y esperaron.

Ni siquiera un minuto, porque el que había salido regresó, cerrando la puerta, y sin dar explicaciones se dirigió hacia una doble puerta, que abrió. Entró en el salón.

El único hombre que había allí, examinando un gran mapamundi extendido sobre una mesita, alzó la cabeza y lo miró serenamente. Debía tener unos setenta años, sus cabellos eran completamente blancos, su rostro arrugado; pero había en sus pequeños ojos negros una gran energía, como corroborando la firmeza de la gran nariz ganchuda que parecía como un cierre sobre la delgada boca.

—¿Qué ocurre, Aaron? —preguntó en hebreo.

—Un hombre y una mujer se han detenido frente a la casa. Dicen que viajan en busca de unos amigos, pero que se han extraviado. Son ingleses. Nos piden permiso para telefonar.

Saúl Gisiger asintió suavemente.

—¿Cómo son, qué aspecto tienen? —preguntó.

—Ella es rubia, muy hermosa. El es moreno, delgado, pero muy fuerte, jóvenes. Les he dicho que teníamos el teléfono estropeado, pero que iba a ver si ya lo habían reparado directamente desde la centralita. No me ha parecido conveniente despacharlos sin más.

—Tráelos aquí.

Aaron pareció no haber oído bien.

—¿Qué?

—Tráelos a mi presencia. Diles que pueden telefonar, desde luego.

—Está bien.

Aaron salió del salón. Saúl Gisiger guardó el mapamundi y el montón de cuartillas mecanografiadas que había tenido al lado. Volvió a sentarse, y se quedó mirando hacia la puerta, por la que, al

poco, reapareció Aaron, precediendo a Veronique y Levi, que miraron en el acto al anciano reteniendo en lo posible su interés.

—Pasen, pasen —sonrió Gisiger—. Por fortuna la avería está reparada, y pueden llamar a sus amigos, naturalmente.

—Se lo agradecemos mucho, señor —dijo Veronique, adelantándose—. No sé cómo ha podido sucedemos una cosa tan tonta.

—Eso le pasa a cualquiera. Entiendo que son ustedes ingleses.

—Así es. ¿Tal vez lo es usted también? Lo digo porque habla el inglés como si...

—No, no. No soy inglés. Soy israelita, señorita Pantet. ¿A quién desean llamar?

Veronique había quedado como clavada al suelo. Levi apretó los labios, y su oscura mirada pareció querer taladrar a Saúl Gisiger, que lo miró lentamente y dijo:

—El señor Priolet, supongo. Forman ustedes una pareja muy interesante..., y muy decidida. Me atrevo a deducir que ambos son personas... poco corrientes. Sin embargo, ¿no creen que se han excedido esta vez?

—Tenemos cien hombres rodeando esta villa —dijo secamente Levi; pero en seguida titubeó y preguntó—: ¿Usted es israelita?

—En efecto. Mi nombre es Saúl Gisiger. ¿Sería demasiado preguntar cómo han dado con este lugar?

—Mahler murió, pero cazamos a Meisser y a Rundstein, a los que hemos obligado a utilizar la radio de que disponen para localizar la que hay en esta villa.

—Entiendo. Les felicito por su habilidad, pero han arriesgado la vida por nada. Aunque tuvieran ahí fuera un millón de hombres yo escaparía. Estoy seguro de que me creen. A menos, claro está, que deseen que mueran trescientas personas. ¿Es eso lo que quieren?

—¿Qué es lo que quiere *usted*? —murmuró Veronique.

—Cuatro hijos que perdí en la guerra y las vidas de cientos de miles de judíos. ¿Pueden ofrecerme eso, señorita Pantet?

—No... No.

—En tal caso, temo que seguiré adelante con mis planes.

—¿Qué planes? —indagó Levi.

—Terminar de una vez por todas con el nazismo y el neonazismo.

—¿Y qué tiene que ver eso con los nombres de miles de judíos que constan en los ficheros de la Interpol?

—Ah, se han dado cuenta de eso...

—Usted ya debe tener escritas esas listas que Kopp le ha enviado por radio —intervino Veronique—. ¿Para qué las quiere?

—Podría decir, por ejemplo, que quiero esas listas para saber quiénes son las personas judías que todavía pueden padecer el neonazismo, a fin de ponerlas en guardia, advirtiéndoles que si no se ponen definitivamente a salvo quizá cualquier día los neonazis podrían asesinarlos. ¿No sabía usted, señorita Pantet, que en la actualidad está en marcha un gran movimiento neonazi... que podría alcanzar mucha importancia..., y que tal vez decidieran iniciar sus actividades eliminando a miles de personas indefensas? Porque no irían a Israel a matar judíos, no, eso sería demasiado peligroso: elegirían víctimas indefensas. ¿Me comprende usted?

—El *gran* movimiento neonazi que usted menciona es sólo unas pequeñas actividades de unos cuantos grupos de estúpidos.

—Pero así empiezan las cosas, señorita Pantet. Y antes de que esos cuantos grupos de... estúpidos se unan y continúen formando un gran contingente que hiciera repetirse la Historia, yo he decidido terminar con todos ellos.

—Sigo sin comprender para qué quiere esas listas —dijo Levi—. Porque su ejemplo me ha parecido bien, pero no es la verdad.

—No, no es la verdad —sonrió con fatiga Saúl Gisiger—. Pero no tengo por qué decirle la verdad a usted, señor Priolet.

—Muy bien, quizá se la diga a Levi Linder, del Mossad. Yo soy Levi Linder.

CAPÍTULO VII

Saúl Gisiger miró vivamente a Levi, y durante unos segundos pareció que estuviese atravesándolo con la mirada. Por fin, sonrió.

—¿Realmente es usted uno de esos admirables muchachos? —preguntó en hebreo—. ¿Realmente?

—Ya se lo he dicho —replicó Levi, también en hebreo.

—Bien... Eso me obliga a cambiar considerablemente mi actitud hacia usted, Levi.

—¿Lo suficiente como para explicarme la verdad de lo que está tramando con todo esto?

—Les advierto —intervino Veronique— que no me estoy enterando de nada. ¿No podrían tener la amabilidad de continuar la conversación en inglés?

Saúl Gisiger la miró, pero fue como si no la viera. Veronique comprendió en el acto que, de pronto, ella no era nada ni nadie allí. Gisiger se puso en pie, se acercó a Levi, y le pasó un brazo por los hombros, amistosamente.

—Un joven inteligente y valiente que además habla en hebreo —dijo—. Está bien... ¡Muy bien! No todos los jóvenes israelitas hablan el hebreo, Levi.

—Escuche, Saúl...

—Calma, calma, calma, mi joven amigo... Porque somos amigos, ¿no es cierto? Los dos somos israelitas, los dos deseamos la extinción total del nazismo y el neonazismo, ¿no es así?

—Sí, pero eso no tiene nada que ver con lo que está pasando. Mire, Saúl, hay trescientas personas en ese edificio...

—No les pasará nada. ¡Nada, de veras! Cuando yo dé la orden, el edificio será desalojado, y esas personas no sufrirán daño alguno. Lo que quería, es decir, las listas de los judíos, ya las tengo.

—¿Y ahora quiere el dinero? —intervino Veronique.

—¿Por qué no? —La miró Gisiger irónicamente.

Veronique y Levi cambiaron una mirada. Una simple mirada, breve, inexpresiva al parecer. Pero se entendieron a la perfección: Saúl Gisiger no sentía el menor interés por el dinero, por el oro, por nada material. Pero ambos comprendieron que debían seguirle la corriente, y Levi preguntó:

—Es muy posible que lo consiga. ¿Qué hará con él?

—Mi joven amigo... ¡Adivine dónde voy a exigir que entreguen esos nueve mil millones de francos!

—No tengo la menor idea.

—Claro que sí, Levi —dijo Veronique—: la tienes.

Levi Linder se pasó la lengua por los labios.

—¿En Israel? —murmuró.

—¡Justo! —rió Saúl Gisiger—. ¡Justo, exactamente en Israel! Pero eso es lo de menos, Levi, muchacho. Sigamos hablando del nazismo, del viejo y del nuevo nazismo. ¿Ignoras que todavía quedan muchos viejos criminales nazis sin castigar? Súmales los que están apareciendo ahora, tomándose el nazismo como... una diversión, como una postura de desafío hacia el mundo. Levi, muchacho: ¿no te parece que el mundo tenía que haber eliminado a todos, absolutamente a todos los viejos nazis..., y abortar cualquier agrupación de los nuevos, destruirlos como si fuesen plantas venenosas? Sí, ¿verdad? Pues eso es lo que voy a conseguir: que el nazismo desaparezca de una vez por todas de la faz de la Tierra. Voy a ponerle al mundo las cosas de tal modo que exterminarán hasta el último Vestigio de nazismo. No seremos nosotros quienes exigiremos ese exterminio, sino el mundo entero. Claro que... eso resultará todavía un poco doloroso, pero será... el último sacrificio. Nuestro último sacrificio, Levi.

—Dios mío —gimió el espía israelita.

—¿Lo has comprendido? —exclamó Saúl Gisiger.

—Lo hemos comprendido los dos —dijo Veronique, con voz tensa—: usted quiere esas listas de judíos para exterminarlos a todos, pero haciendo las cosas de modo que parezca que han sido, los neonazis quienes lo han hecho. De este modo, empezando por la propia Alemania actual, el mundo entero condenará de una vez por todas el nazismo, y todos quienes intenten resucitarlo serán

considerados delincuentes.

—Criminales es la palabra exacta... —dijo Saúl Gisiger—. Ustedes dos son en verdad muy inteligentes. ¿Engañaron en algo a Johannes Kopp? Porque ese pedazo de elefante se cree muy listo, pero no lo es. ¿Le engañaron en algo?

—Nosotros no, pero usted sí. Usted está utilizando personal alemán exclusivamente, para darle mayor verosimilitud a todo esto, para que parezca que esta acción en el edificio de la Interpol, y la que seguirá de exterminar a miles de judíos es cosa de alemanes neonazistas. Usted está engañando a Kopp, como estaba engañando a Karl Mahler, a Rundstein, a Meisser..., a todos. Menos a los hombres que hay en esta villa. Éstos no son alemanes: son israelitas, a los que usted ha fanatizado... ¿No es así, Saúl?

—Señorita Pantet, no sé cómo expresarle mi admiración: merecería usted ser judía, como mi joven y querido amigo Levi Linder, en honor al cual les he dado a ustedes todas estas explicaciones. Bueno, alguien tenía que hacerlo de una vez por todas, ¿no les parece? Y ya que Israel no se decidía a hacerlo, he tenido que hacerlo yo solo. Me ha llevado años preparar y financiar todo esto... ¡Años, créanme! Pero lo he conseguido.

—Sólo ha hecho que empezar.

—No, no. A partir de ahora todo será muy simple. Lo primero que ocurrirá será que el dinero deberá ser entregado en Israel, transportado en un avión comercial de la Air France. He pensado en un Concorde para ese transporte. ¿Cree que será suficiente?

—Sí... Sí, creo que sí.

—¿Se da cuenta?

—El Gobierno francés exigirá al de Israel la devolución de...

—¡Huy, huy, huy...! —rió Gisiger, palmeando un hombro al anonadado Levi Linder—. Sí, claro, Francia exigirá la devolución de esa fortuna, pero la cosa no será tan fácil, créame. Tal vez pasen años y años antes de que las negociaciones terminen. Tengo la certeza de que los israelitas sabrán alargar el asunto, como han alargado otros. Y cuando, tal vez, devuelvan ese dinero, ya le habrán sacado grandísimos provechos durante años y años. ¿Se da cuenta de los inestimables servicios que estoy prestando al pueblo judío?

—De lo que me doy cuenta es de que usted está loco. Levi, tienes

que convencer a este chiflado de que...

—Cierra la boca... —La miró de pronto Levi irritado, con ojos brillantes—. ¡Cierra esa boca francesa!

—¡Así me gusta! —exclamó Gisiger—. ¡Bien, muchacho, bien! Me parece que al fin ha comprendido la grandiosidad de mi operación.

—Parece una locura... —jadeó Levi Linder—, ¡pero puede hacerse!

—¡Levi! —exclamó Veronique, pálida.

—¡Te he dicho que te calles! —gritó Levi, acercándose a ella.

Y sin más, le hundió el puño derecho en el estómago, con tal fuerza que Veronique Pantet salió disparada hacia atrás doblada sobre sí misma, emitiendo un hondo quejido brevísimo, pues en seguida perdió el sentido y quedó tendida en el suelo. Inmediatamente, Levi se volvió hacia Gisiger, y le apuntó con un dedo.

—Escuche bien esto, Saúl: una operación de esa magnitud no puede seguir llevándola usted solo. Deje que me comunique con mis compañeros del Mossad y en menos de una hora tendrá aquí todos los hombres que...

—No, Levi. Tengo los hombres que necesito. Te aseguro que todo está previsto, y que puedo hacerlo solo, conforme a mis planes.

—¡Usted necesita ayuda!

—No. Ni siquiera la tuya.

—¿Quiere decir que va a matarme... *a mí*?

—¿Tengo otro camino? Si te dejase marchar irías a explicar al Mossad lo que me propongo, y quizá Israel no estuviera de acuerdo con el último sacrificio de miles de judíos afincados hoy en lugares fuera de la patria. Levi, joven amigo, lo siento, pero no tengo otro remedio.

—¿Y los cien hombres que hay ahí fuera?

—Se retirarán cuando Kopp, instruido por mí, así lo exija desde el edificio de la Interpol. Jamás me encontrarán, y nunca sabrá nadie lo que Kopp habrá estado haciendo para mí dentro del edificio de la Interpol.

—Ya sé. Los empleados de la Interpol que le han estado ayudando a manejar los ficheros serán eliminados. Unas pocas víctimas más, ¿no es eso? Pero ¿y esos cuarenta hombres y Kopp?

¡Ellos sí saben la verdad!

—Sólo saben que me han pasado los nombres de esos miles de judíos. Y antes de abandonar el edificio habrán destruido todos los ficheros. Nunca nadie podrá sospechar la verdad.

—Esos cuarenta hombres jamás podrán escapar. Y cuando los detengan, Kopp incluido, dirán todo lo que saben. Sobre todo, Kopp. Y las autoridades francesas sabrán extraer conclusiones.

—Si detienen a Kopp y su comando... —sonrió Saúl Gisiger—. Pero no sucederá nunca eso, mi joven amigo. Y le diré por qué: después de puesto el dinero en un Concorde y ya esté rumbo a Israel, Kopp hará otra exigencia: otro avión para su comando y los rehenes que saldrán con ellos, y pasillo libre hacia Orly. Aquí, Kopp y su comando, y los rehenes, abordarán otro avión que los sacará de Francia y se dirigirá... a determinado lugar, donde se les estará esperando.

—Jamás escaparán.

—Ya lo sé... —rió Gisiger—. ¡Claro que no escaparán esos estúpidos alemanes! Simplemente, cuando estén a punto de aterrizar en el lugar donde se les ha dicho que serán recibidos para ponerlos definitivamente a salvo, un pequeño avión particular con armas camufladas saldrá al encuentro del Concorde de Kopp, y lo derribará.

Levi Linder se pasó una mano por la frente.

—Dios mío... ¿Y los rehenes que irán con ellos?

—Estoy dispuesto a sacrificar, en la última parte de mi operación, unos cuantos miles de judíos... ¿No voy a hacerlo con unos cuantos hombres de otras partes del mundo que nada me importan?

—Tal vez tenga razón. Por mi parte estoy dispuesto a...

—Vamos, vamos, muchacho, ¿pretende engañarme a mí? Ha querido confiarme golpeando a esa muchacha, ha pretendido hacerme creer que se ponía de mi parte, pero yo sé que no es así. Deje ya de hacer el tonto. Bien está que converse con usted, en consideración a su condición de judío y de hombre que se juega la vida por Israel, pero eso será todo. ¡Y no me gusta que traten de tomarme el pelo!

—Está bien. ¿Y ahora qué? ¿Me va a matar? ¿Nos va a matar?

—A usted, por el momento, no. Me divierte..., y además habla

muy bien el hebreo. De modo que entregue su pistola a mis hombres y sigamos conversando como buenos amigos. Acepte este privilegio, Levi: son unas horas más de vida.

Levi Linder volvió la cabeza, y vio a Aaron con la mirada fija en él y la pistola en la mano. En la puerta había tres hombres más, igualmente apuntándole con sus armas. Y por supuesto había más personal como aquél en la casa.

—Está bien —murmuró.

—Cuidado cómo sacas la pistola, Levi —dijo Aaron.

El espía asintió, y entregó su arma sin complicaciones. Es decir, la dejó sobre un sillón, de donde fue recogida por Aaron.

—Aaron, tú y Elias quedaros conmigo y con Levi —dijo Gisiger—. Vosotros dos llevaros de aquí a la mujer... Y no quiero volver a verla.

—Descuida, Saúl, no la volverás a ver.

Los dos hombres se acercaron a Veronique, que al parecer seguía inconsciente. Uno de ellos se arrodilló a su lado, y vio el hilo de sangre que se deslizaba por un lado de su boca.

—Está sangrando —dijo—. Parece que Levi pega muy fuerte... Debe haberla reventado, o algo así.

—Lo mismo da, teniendo en cuenta su corto futuro. Llévala de una vez.

Entre los dos hombres alzaron del suelo a Veronique, que parecía de blanda goma, completamente desmadejada. Levi Linder la miraba en sombrío silencio, pálido. Era como si transportasen una hermosa muñeca... rota.

Los dos hombres salieron del salón, y uno de ellos comentó:

—Si realmente hay cien hombres ahí fuera no podemos salir para llevarla al bosque.

—Lo mismo da. Metámosla en una habitación de la planta baja, acabemos con ella, y vamos a ver cómo resuelve Saúl la situación. Aunque no creo que le resulte difícil, con trescientos rehenes siempre a su disposición. Ya verás como muy pronto tendremos vía libre.

—No tengo la menor duda.

Caminaron hacia el fondo de la casa, y uno de ellos empujó con la espalda la puerta de una habitación, entrando de este modo, sosteniendo a Veronique Pantet por las axilas.

Lo que sucedió fue tan rápido que ninguno de los dos hombres pudo reaccionar en modo alguno.

De pronto, el colgante brazo derecho de Veronique Pantet adquirió movimiento, hacia arriba. Un movimiento velocísimo, fortísimo, que terminó con un tremendo impacto de su puño justo en la nuez de Adán del hombre que la sostenía por las axilas: éste puso los ojos en blanco, soltó a la espía, y comenzó a caer hacia atrás, muerto en el acto. El otro se detuvo en seco, respingando. Como alucinado, vio a Veronique cayendo de cabeza hacia el suelo al soltarla su compañero; la vio girar como una gata, caer de manos..., y cuando quiso reaccionar y soltó sus tobillos para desenfundar la pistola, el pie derecho de Veronique Pantet le golpeó, con el tacón del zapato, justo en los testículos. El hombre soltó un resoplido, palideció, se encogió, y al retroceder cayó sentado, sintiendo como si un cuchillo estuviese destrozándole por dentro. Aun así, y semiaturdido, sacó la pistola...

Girando en el suelo de nuevo, Veronique Pantet disparó ahora su pierna izquierda, inmisericorde. La punta del zapato dio en la sien derecha del hombre, se oyó un blando chasquido escalofriante, y el israelita se derrumbó de lado, desorbitados ahora los ojos, mientras se formaba en su sien, rápidamente como una bolsa de piel tensa, hinchada...

Inmediatamente, Veronique se apoderó de las armas de los dos hombres, y examinó al que había golpeado en segundó lugar. No estaba muerto, pero precisaba cuidados médicos, y con urgencia.

«Lo siento por ti», pensó la rubia.

Salió al pasillo, donde no había nadie. En el vestíbulo había visto a dos hombres más, de modo que si regresaba hacia allí tendría que luchar con ellos, lo que no le interesaba ni aunque tuviera la certeza de llevar la mejor parte.

Se dirigió hacia el fondo de la casa, entró en la cocina, y saltó al exterior por la ventana. Rodeó la casa pegada a la pared, hasta llegar al gran ventanal que daba al salón. Las puerta-ventanas estaban abiertas, pero no podía ver el interior debido a las cortinas. Entró sin vacilar, quedando detrás de las cortinas, mientras oía perfectamente la voz de Saúl Gisiger, empeñado en hablar en hebreo. Oyó también la apagada voz de Levi Linder. En cuanto a los llamados Elias y Aaron, o permanecían en su acostumbrado silencio

o habían salido del salón.

Se arriesgó a echar un vistazo por un lado de las cortinas. Precisamente a quien primero vio fue a Elias, cerca de la puerta. Luego, vio a Levi y a Saúl, ambos sentados. Saúl le estaba mostrando unas cuartillas y lo que parecía un mapa grande... Aaron estaba cerca de ambos, vuelto de espaldas a la ventana.

El único peligroso allí en aquellos momentos era Elias, que la vería en cuanto apareciese por detrás de las cortinas.

«También lo siento por ti», pensó la rubia.

Apareció de pronto. Su gesto fue suave, velocísimo. No hizo el menor ruido, pero Elias captó el movimiento, y su mirada saltó hacia allí, expresando súbita alarma.

¡Crack!, restalló el disparo de Veronique Pantet.

Elias recibió el balazo en un lado del pecho, gritó, giró, se dio de cara contra la puerta, y cayó de espaldas. Ni siquiera había tenido tiempo de mover la mano hacia su pistola. Aaron se volvió hacia la puerta ventana, lanzando una exclamación, mientras Saúl y Levi se ponían en pie de un salto. La mano del joven israelita fue rápidamente hacia su pistola... La de Veronique Pantet apuntó firmemente hacia Saúl Gisiger.

—¡Quieto, Aaron! —ordenó—. ¡Quieto o le vuelo la cabeza a Saúl!

CAPÍTULO VIII

Aaron quedó súbitamente inmóvil, con la mano derecha ante el pecho, pero Saúl Gisiger gritó, lívido de rabia:

—¡Mátala, Aaron! ¡Mátala!

Aaron lo miró, y miró de nuevo a Veronique. Fuera del salón se habían oído gritos amortiguados, y ahora se oían pisadas. La puerta se abrió muy pronto, y los dos hombres que habían permanecido en el vestíbulo entraron precipitadamente, armas en mano, tropezando con el cuerpo de Elias, hasta el punto de que uno cayó de rodillas. El otro pudo captar inmediatamente la escena, y su pistola se orientó hacia Veronique Pantet...

—¡No, Jacob! —gritó Aaron—. ¡Matará a Saúl!

Jacob se detuvo en su gesto, y se quedó mirando a Veronique, que seguía apuntando a Saúl Gisiger, al que tenía a unos seis metros de distancia. El que había caído de rodillas se puso en pie, y se quedó mirando también a Veronique, que dijo:

—Si observo un solo movimiento más a mi alrededor mataré a Saúl. De todos modos sé que no saldría viva de esta casa, pero él tampoco. Entreguen sus armas a Levi o disparo.

—Hacedlo —jadeó Aaron—. ¡No intentéis nada!

—¡Y yo os digo que la matéis! —ordenó coléricamente Saúl—. ¡Quiero que la matéis, Jacob, León...! ¡Disparadle!

—No —desautorizó de nuevo la orden Aaron—. Haced lo que os ha dicho ella.

Levi Linder no esperó más. Como Veronique, sabía ya de antes que aquellos jóvenes israelitas fanatizados por Saúl Gisiger, no harían nada que pusiera en peligro la vida del anciano. Así que se acercó a Aaron por detrás, le arrebató la pistola, y regresó rápidamente junto a Saúl Gisiger, al que rodeó el cuello con su

brazo izquierdo y colocó la boca de la pistola en la sien.

—Colocad todas las armas en ese sillón —señaló con la barbilla—. Y llamad a todos los demás de la casa para que hagan lo mismo. Os quiero a todos aquí en menos de un minuto. ¡Y que a nadie se le ocurra hacer ninguna llamada por la radio!

Veronique, ya relajada, dijo:

—Me aseguraré de eso yendo allá, cariño. Aaron, lléveme a donde está la radio..., y ya sabe lo que debe decirle al operador: Saúl está aquí, y Levi lo matará si nosotros sufrimos la menor contrariedad. ¿Verdad, cariño?

—Ninguna verdad fue tan grande en la vida —dijo secamente Levi Linder—. Uno de vosotros que salga de la casa agitando un pañuelo blanco. ¡Ahora!

Tan sólo cinco minutos más tarde la situación dentro de la villa estaba completamente controlada. Todos los hombres de Saúl Gisiger se habían reunido en el salón, y permanecían en un rincón de éste, bajo la vigilancia armada de varios hombres del SDECE. Los restantes estaban registrando la casa, y tres de ellos se habían aposentado en el pequeño cuarto donde estaban las dos radios utilizadas durante la operación. Saúl Gisiger permanecía sentado en el sofá, con la cabeza caída sobre el pecho. Balmain, el agente del SDECE que dirigía éste en aquella parte de la acción, contemplaba ahora de nuevo atónito a Veronique y Levi, que conversaban apaciblemente.

—Creí que te había pegado demasiado fuerte —dijo Levi—. Esa sangre que salía de tu boca...

—Me la hice yo misma mordiéndome los labios.

—Mi intención...

—Vamos, cariño —sonrió la rubia—, sé cuál era tu intención: precisamente intentar proporcionarme a mí una oportunidad, ya que tú, bien claro estaba, no ibas a tener ninguna.

—Has sabido aprovecharla bien —sonrió Levi—. Pero un puñetazo mío no es ninguna tontería.

—Comprendí tu intención, y tensé los músculos abdominales. De todos modos, eres bastante bestia.

Balmain sacudió la cabeza, como queriendo sacudirse aquel diálogo que le parecía de ciencia ficción.

—¿No creen que las explicaciones pueden esperar? —exclamó—.

¡Va a ser la una pronto, y tenemos que avisar a los demás para que le digan a Kopp que ya no hay trato, y que...!

Se calló, al ver cómo le miraban Veronique y Levi, absolutamente estupefactos. Por fin, Levi soltó un gruñido, movió la cabeza, y se limitó a encender un cigarrillo, mientras Veronique explicaba:

—No haremos tal cosa, Balmain. Vamos a dejar que el asunto prosiga apaciblemente por esos cauces. No se pierde nada manteniendo a Kopp en la convicción de que todo le sigue siendo favorable.

—Tiene razón —admitió el hombre del SDECE—. Pero... ¿qué es lo siguiente que vamos a hacer? Tenemos al cerebro director de todo el asunto, al jefe absoluto, ¿no es así?

Señaló a Saúl Gisiger, que parecía un viejo muñeco abandonado, olvidado de todos. Levi Linder le miró hoscamente.

—Ustedes no tienen nada —dijo con frialdad—; este hombre, y todos los demás israelitas que están aquí, que le han estado apoyando, pertenecen al Mossad, y serán enviados con la máxima urgencia a Israel.

—Nada de eso —rechazó Balmain—. ¡Estos hombres...!

—Escuche usted —se le acercó agresivamente Levi—; ese anciano lleva cuarenta años pensando en cientos de miles de víctimas judías del nazismo, y en sus cuatro hijos, cuatro niños que murieron, asimismo víctimas de las acciones del nazismo, probablemente igual que su esposa. ¿Se da usted cuenta? ¡Cuarenta años! En ese tiempo de recuerdos, de rencor y de odio, cualquiera se vuelve loco, y eso es lo que le ha ocurrido. De modo que será trasladado a Israel, y allá nos ocuparemos de él. También quiero a estos muchachos en Israel. Y si usted, el SDECE, o quien sea, me va a poner dificultades le juro que se va a organizar la más grande trifulca de que usted haya tenido noticias en toda su vida. ¿Me ha entendido?

Balmain, que había quedado como hipnotizado mirando a Levi, desvió de pronto la mirada hacia Veronique, que asintió con un gesto apenas perceptible. El hombre del SDECE tragó saliva.

—Está bien —murmuró—. Dejaré que usted negocie esa parte del asunto con personas más autorizadas que yo, señor Linder. Pero... ¿qué hacemos ahora?

—Eso está mejor... —Gruñó Levi, que volvió la cabeza hacia Veronique—. Hablemos tú y yo en aquel rincón, cariño.

—Encantada, cariño.

Se fueron los dos hacia el rincón señalado por Levi, y allá sostuvieron una conversación de seis o siete minutos que nadie pudo oír. De cuando en cuando Levi parecía irritarse, y negaba con la cabeza, pero pareció, finalmente, que la persuasión de la señorita Pantet era grande, ya que todos se dieron cuenta de que llegaron a un acuerdo.

Entonces, Levi se fue directo hacia el sombrío Aaron, que se quedó mirándolo.

—Aaron, ya has oído lo que quiero hacer con todos vosotros. ¿Estás conforme con que Saúl sea trasladado a Israel?

—No creo que en ningún sitio puedan tratarlo mejor, pese a todo. Levi, es un pobre anciano.

—Todos vosotros estáis locos, maldita sea —jadeó Levi—. Pero esa parte del asunto ya no me interesa, ya la resolverán en Israel. Lo que me interesa ahora es ese edificio lleno de rehenes y cuarenta bestias vigilándolos. Sobre todo, me interesa Kopp, de modo que voy a hacerte una proposición. Si la aceptas, bien. Si no la aceptas tal vez decida dejaros a todos en manos de los franceses. ¿Me has entendido?

—Sí.

—Bien. A la una, las autoridades francesas le dirán a Kopp que aceptan sus condiciones, le escucharán, le dirán que harán todo lo que él exija, y aparentemente se pondrán en manos a la obra. Ahora bien: ¿qué hará Kopp? ¿Llamará aquí por medio de la radio?

—Claro.

—Perfecto. Yo voy a instruirte respecto a lo que tienes que decirle a Kopp, como si aquí no estuviese ocurriendo nada. Si cumples bien, yo cumpliré mi palabra, si no cumples bien... ¡al diablo con todos vosotros!

* * *

A las tres menos diez minutos de la bochornosa tarde, uno de los hombres que vigilaba desde una ventana el exterior vio aparecer a la mujer rubia acercándose decididamente. Llamó la atención de

dos de sus compañeros, y los tres se quedaron mirándola. Por fin, uno de ellos dijo:

—Es la misma mujer que estuvo aquí ayer.

—Pero Kopp no nos ha dicho que hoy también iba a venir.

—No... Es extraño. ¿Qué está haciendo ahora?

La rubia se había detenido apenas a diez metros de la fachada del edificio, y estaba desplegando un cartel, que colocó bien visible. En letras mayúsculas y en alemán, ponía:

QUIERO HABLAR CON USTEDES SIN QUE LO SEPA KOPP.

—¿Qué demonios significa eso? —exclamó uno de los sujetos.

Los otros dos no contestaron. También estaban perplejos. La rubia se acercó más, siempre con el cartel por delante y bien extendido. Los tres hombres miraron a todos lados, como temiendo alguna trampa. Pero no. La rubia estaba sola, y su decisión era evidente.

Hubo un cambio de miradas entre los tres hombres, y uno de ellos dijo:

—No perdemos nada hablando con esa mujer. Vamos a abrirle.

La puerta fue abierta, y Veronique Pantet entró en el edificio de la Interpol. Inmediatamente, la puerta fue cerrada de nuevo, y la rubia sometida a un veloz y experto chequeo tras serle arrebatado el cartel, que por fin se le mostró, como si fuese un raro objeto.

—¿Qué significa esto? —Gruñó el hombre.

—¿Han matado ya a los empleados de la Interpol que les han estado ayudando a manejar los ficheros?

—No... Nadie ha muerto aquí todavía. ¿Cómo sabe usted eso?

—Kopp les va a traicionar. Dentro de poco llamará a algunos de ustedes para que maten a esos empleados, y luego él escapará en un helicóptero, que es lo último que le han ordenado sus jefes.

—¿Quiere decir que a nosotros nos dejará aquí?

—El plan inicial era llevarlos lejos con un avión, junto con unos cuantos rehenes. Por supuesto, en cuanto estuvieran cerca del lugar donde se supone que estarían a salvo, ese avión sería derribado, y todos ustedes morirían, incluido Kopp. Pero sus jefes han cambiado los planes, han decidido que van a seguir necesitando a Kopp, y quieren salvarlo. De modo que le van a enviar un helicóptero, que lo recogerá en la azotea de este edificio. Kopp les dirá a ustedes que

va a terminar de preparar la fuga de todos..., pero sus intenciones son no regresar junto a ustedes jamás. Eso sí, dirá que les llamará en cuanto la fuga en un avión esté lista. Les enviará dos autocares para que sean trasladados a Orly, y... se echará a reír cuando ustedes despeguen, porque sabrá que todos estarán muertos dentro de pocas horas.

Durante unos segundos reinó el silencio. Por fin, uno de los hombres murmuró:

—Eso es mentira.

—Sólo tienen que esperar unos minutos. Verán cómo Kopp llama a los hombres de su máxima confianza, les dice que maten a los empleados de la Interpol que han manejado los ficheros, y que él se va a prepararles la fuga. Subirá a la azotea, montará en el helicóptero y se alejará sabiendo que todos ustedes morirán en ese avión.

—¿Cómo puede usted saber eso? —preguntó otro.

—Porque nosotros hemos detenido a los jefes de Kopp, y les hemos obligado a decirle eso a Kopp..., y él ha aceptado. Ustedes, pues, aunque Kopp lo crea así, ya no podrán ir a parte alguna..., a menos que acepten mi proposición.

—¿Cuál proposición?

—Dejen a Kopp que se marche, e inmediatamente entréguese todos ustedes, por supuesto sin haber obedecido la orden de Kopp de matar a nadie.

—¿Y qué será de nosotros si nos entregamos?

—Si no han matado a nadie realmente recibirán cada uno diez mil francos y veinticuatro horas de tiempo para abandonar Francia.

—Podemos... darle una buena lección a Kopp, hacernos fuertes aquí, y plantear nuestras propias exigencias.

—Si no aceptan mi oferta este edificio va a ser bombardeado con proyectiles de gas que no tendrá nada que envidiar al de ustedes. Seguramente morirán algunas personas inocentes, pero menos de las que habrían muerto si los planes iniciales se hubieran llevado a cabo. No se les ocurra aprovechar la idea de sus jefes y pedir un avión. No se les concederá. O aceptan, o el edificio será bombardeado con gases, pase lo que pase, caiga quien caiga.

—¿Incluso usted?

—Alguna vez se ha de morir. Yo habré muerto haciendo algo

hermoso, y ustedes cometiendo una estupidez. Será un consuelo en el otro mundo.

De nuevo se quedaron los tres hombres mirando fijamente a Veronique Pantet. Por fin, uno de ellos murmuró:

—Si todo eso es cierto, Kopp hablará con Ebner, el segundo del comando, para darle instrucciones.

—Ya debe estar haciéndolo, pues el helicóptero no tardará en llegar. Si hablan con Ebner, que Kopp no se dé cuenta, déjenlo marchar. No queremos que intente cualquier salvajada contando con algunos de ustedes. Queremos que se marche, y que los más sensatos de ustedes se entreguen. Y les aseguro que cumpliremos nuestra palabra, si nadie ha muerto.

—Usted debe estar loca para atreverse a venir aquí a decirnos todo esto —jadeó otro.

Veronique Pantet miró su relojito de pulsera, y dijo:

—Sólo disponemos de dos minutos antes de que llegue el helicóptero.

—Vigíladla bien... —dijo el más alto—. ¡Yo voy a hablar con Ebner!

* * *

—¿Me has entendido bien, Ebner? —preguntó Kopp.

—Claro.

—De acuerdo, entonces. Yo me voy ahora mismo. Tú quedas al corriente de todo y como jefe del comando. No dejes de estar atento a mis próximas instrucciones por radio. Y antes de salir todos de aquí hacia Orly matad a los que han estado manejando el fichero, recuérdalo.

—No te preocupes.

Johannes Kopp asintió, recogió un macuto con sus cosas, y salió del despacho desde el cual había estado dirigiendo la ocupación del edificio. Subió rápidamente por las escaleras, prescindiendo del ascensor, y en un minuto estuvo en la azotea. Apenas medio minuto más tarde, el helicóptero apareció. Una feroz sonrisa ensanchó el rostro de Kopp. Y todavía sonreía cuando el helicóptero descendió sobre la azotea y quedó suspendido a menos de medio metro del suelo. Kopp corrió hacia el helicóptero, se inclinó para asegurarse

de que las aspas no lo decapitaban, y se encaramó al aparato, riendo:

—¡Ha sido la operación más fabul...!

La voz riente se le atragantó. Se quedó mirando con ojos desorbitados al hombre que él conocía como Marcel Priolet, y que, desde la parte de atrás de aparato, le apuntaba a la cabeza con una pistola provista de silenciador. El helicóptero se elevó, alejándose del edificio. Kopp consiguió parpadear, por fin. Su rostro estaba lívido.

—¿Qué significa esto? —jadeó.

—Que la operación ha terminado, *señor Kopp* —dijo Levi Linder. Plop, disparó el espía israelita.

La bala se hundió en el corazón de Johannes Kopp, que quedó con la boca abierta en el inicio de una pregunta que ya jamás formularía. Se relajó de pronto en el asiento contiguo al del piloto, en el que había quedado dando frente a Levi, giró, y quedó sentado de cara a la marcha, con los ojos abiertos, la cabeza un poco torcida.

El hombre del SDECE que pilotaba el helicóptero tragó saliva, y se volvió a mirar al israelita.

—¿Qué hacemos ahora, señor Linder?

—Nos daremos un paseo sobre el mar, y una vez más arrojaremos a él nuestras basuras. Y esto no saldrá por televisión.

* * *

Todas las miradas estaban fijas en las pantallas de televisión que ofrecían diversas tomas del edificio de la Interpol. Todo seguía igual, el edificio parecía deshabitado, cerrado a cal y canto. Hacía no menos de diez minutos que el helicóptero se había alejado por el brumoso cielo, y en el edificio todo seguía igual...

De pronto, la puerta principal se abrió, y la imagen de la señorita Veronique Pantet apareció. En la sala de receptores de televisión todos los alientos quedaron en suspenso. La señorita Pantet se colocó a un lado de la puerta, y por ésta comenzaron a aparecer hombres con los brazos en alto, caminando hacia la calle, donde se fueron agrupando.

Maurice Ransis se pasó el pañuelo por el rostro inundado de

sudor, y jadeó:

—Lo ha conseguido... *¡Mon Dieu*, lo ha conseguido! —La verdad es que no podía ser de otro modo— comentó alguien a su lado; —ese israelita lo montó todo muy bien.

—¡Pero ha sido *ella* la que ha entrado ahí!

—Le costó lo suyo convencer a Linder, que quería ser él quien lo hiciera todo. Pero nadie puede estar en dos sitios a la vez, y, la verdad, aunque sea con ventaja, no debe ser fácil encargarse de un sujeto como Johannes Kopp. Además —rió de pronto el hombre—, incluso Linder ha tenido tiempo de convencerse de que nuestra bella Veronique es capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa. Bien, caballeros..., ¡el asunto ha terminado!

ESTE ES EL FINAL

—Te advierto —susurró Veronique— que esto no acaba más que empezar.

Levi Linder, que tras la simultánea expansión amorosa de ambos se había tendido en la cama junto a ella, giró, se quedó mirándola, y luego, lentamente, comenzó a besarla en el cuello, en el hombro y en los senos. Veronique hundió sus dedos en los cabellos de él, apretándole la cabeza contra los senos, y suspiró. Levi alzó la cabeza, y la miró a los ojos, que resplandecían.

—Tienes razón —admitió—: deben estar buscándonos como locos. Y los dos tenemos muchas cosas que hacer todavía. Tú has resultado ser jefe de uno de los departamentos del SDECE y yo debo regresar a Israel con Saúl y esos pobres muchachos. Seguramente internarán a Saúl en una clínica psiquiátrica. ¿No es lamentable?

—Las cosas podían haber ido mucho peor.

—Sí. Pero para mí no han ido demasiado bien. Se me dieron dos órdenes, y sólo he cumplido una: matar a Kopp. Los ficheros siguen dentro de la Interpol.

—Pero tú has conseguido una copia de esas listas: las que Kopp le radió a Saúl Gisiger. Seguramente os serán útiles. De todos modos, supongo que después de lo sucedido el Mossad presionará fuertemente para que esos nombres sean retirados de una vez de los ficheros.

—¿No te parece sensato?

—Sí. Y ya te he dicho que te ayudaré a conseguirlo, Levi. Espero que entre todos lo conseguiremos. Hace tiempo que debió hacerse. Pero yo no me refería a eso al decir que sólo acababa de empezar.

—¿No te referías al mucho trabajo que nos queda por hacer a ambos?

—No, no me refería al trabajo.

Levi volvió a besarla en el pecho, y sonrió.

—Eres más apasionada de lo que podía imaginar. Y me gusta así. Pero está amaneciendo, y debemos volver a París, a atender cada uno nuestro trabajo.

—¿Cuándo volverás a París?

—En cuanto me sea posible... —Levi la besó en la boca ahora—. Para mí, este asunto también acaba de comenzar.

Veinte minutos más tarde, se daban el último fatigado beso. Veronique se relajó, y cerró los ojos. Levi Linder sopló suavemente en su rostro, y ella abrió los ojos, siempre resplandecientes.

—Tenemos mucho trabajo por delante, espía —dijo el israelita—. ¡No me digas que vas a dormirte ahora! Ya sé que sería muy satisfactorio, pero nos deben estar buscando.

—Que nos busquen: ¡jamás sospecharán que estamos aquí!

—Vamos a ducharnos —rió Levi.

Media hora más tarde los dos salían de la villa donde el día anterior habían capturado a Saúl Gisiger. Toda la villa para ellos solos. Ciertamente, a nadie se le habría ocurrido pensar que Levi Linder y Veronique Pantet se habían refugiado allí desde la noche anterior, para decirse hola y adiós del modo en que ellos deseaban.

Estaba amaneciendo, y desde los pinos llegaba el piar de los pájaros, que ya hacía rato que estaban alborotando. Allí, a cuarenta kilómetros del centro de París, la atmósfera era diáfana, el silencio total. Veronique se dirigió hacia su coche, y Levi hacia el que le habían proporcionado la tarde anterior sus compañeros del Mossad. El israelita abrió la portezuela, y se dispuso a ocupar el asiento ante el volante...

—Levi.

Se volvió a mirar a Veronique, y sonrió ceñudamente. No le gustaba en absoluto separarse de ella, más los dos debían separarse en aquellos momentos, era inevitable. Sin embargo, pensó Levi al mirarla y verla tan hermosa a la luz de la mañana, él volverla a París. Y muy pronto.

—Dime, amor mío —pidió Levi.

—Creo que debemos tener la esperanza de que también el odio puede morir y, como contrapartida, la esperanza de que quizá exista alguna vez un amor que nunca muera. Por ejemplo, el nuestro.

Levi Linder asintió, y dijo:

—Volveré.

Se metió en el coche y partió.

Veronique Pantet estuvo mirando el coche hasta que lo perdió de vista.

Entonces, susurró:

—Te estaré esperando..., amor mío.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] En la calle Ben Yehuda, de Tel Aviv, está la sede del servicio de inteligencia israelita. < <